

PALOMA DÍAZ-MAS

*Lo que aprendemos
de los gatos*



se

Los seres humanos —piensa el gato— tienen una irremediable tendencia a entender las cosas al revés. Por ejemplo, si ven un libro que se titula *Lo que aprendemos de los gatos*, probablemente creerán que trata de lo que los humanos pueden aprender acerca de los gatos, para conocerlos mejor (cosa que, dicho sea de paso, tampoco estaría de más); sin embargo, para cualquiera que sea capaz de pensar con claridad, resulta evidente que *Lo que aprendemos de los gatos* significa otra cosa: lo que los humanos pueden aprender a partir de los gatos, es decir, lo que los gatos pueden enseñarles. Este tipo de errores se producen porque los humanos parten de la absurda creencia de que son animales superiores, cuando todo el mundo sabe que los animales superiores son los gatos. Los gatos —piensa la autora de este libro— tienen mucho que enseñarnos, pero para ello hace falta que estemos atentos y dispuestos a aprender. Son cariñosos, pero nunca sumisos, así que nos enseñan a pactar nuestra convivencia día a día. Confiados solo si sabemos ganárnoslos poco a poco, ejercitando la virtud de una conquista paciente. Domésticos e independientes, como fieras aclimatadas a nuestro hábitat. Los creemos indefensos, pero en realidad están mucho más preparados para sobrevivir que nosotros. Bajo su piel de seda se ocultan las garras de una fiera y un cuerpo atlético envidiable. Y, cuando los vemos jugar, exhibiendo su magnífica forma física, o dormir plácidamente sobre nuestro sillón favorito (sí, ese sillón donde los gatos nunca nos dejan sentarnos) envidiamos también su capacidad para vivir intensamente ese instante; sin atormentarse, como hacemos nosotros, por un pasado que ya no existe y un futuro que tal vez no llegue. Un libro que es una joya para cualquier buen lector, y desde luego absolutamente indispensable para todos los amantes de los gatos.



Paloma Díaz-Mas

Lo que aprendemos de los gatos

ePub r1.0
Titivillus 12.11.15

Paloma Díaz-Mas, 2014
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A un caballero que lloró con su esposa una pequeña pérdida

Pasaron por nuestras vidas cautelosos
como quien pisa sobre almohadillas de algodón;
capaces de andar sobre vidrio sin quebrarlo,
de rozar una copa sin derramar una gota siquiera.
Sabios en escoger en verano la sombra más fresca,
en invierno, el calor de nuestros cuerpos dormidos.
Andaban por la casa dejando una estela
de inaprensibles briznas de oro o nácar.
Cuántas veces nos quitaron nuestro sitio,
que era también su lugar favorito,
y nosotros, reyes destronados y enormes,
fuimos a acomodarnos —es un decir—
en el más incómodo asiento de la casa.
Cuántas veces sosegaron nuestra angustia
con ese rumor que vibra en su garganta.
Les dimos cuanto quisieron;
lo aceptaron ellos
con la majestad de quien nada ha pedido.
Y a veces nos poseía la extrañeza
de haber metido en casa una fiera terrible,
una fiera armada de garras y de dientes
que con lengua de lija peina su seda al sol.
Al fin murieron:
apenas un suspiro

y quedó de ellos un jirón de piel suave, casi nada,
sigilosos y dignos
en la muerte como en la vida.
Así fueron nuestros gatos
y aún ahora,
muchos meses después,
de vez en cuando,
encontramos
un pelillo de seda en nuestras ropas.

ESTEBAN VILLEGAS, *Vida cotidiana*, 1995

Un gato

En el jersey negro que acabo de ponerme he encontrado uno, dos hilillos de oro. Tomo uno de ellos entre los dedos —no me resulta fácil porque, pese a su delicadeza, la fibra se adhiere con fuerza a la lana del jersey, como si estuviera entrelazada con ella— y lo observo. Si mi vista fuese mejor o pudiera observarlo con una lente de aumento, ya sé lo que vería con toda nitidez: la fibra dorada no es de un solo color, sino que tiene tres tonos, el rubio dorado oscuro, el blanco y, entre uno y otro, un suave color crema tan delicado que resulta difícil distinguirlo. Son las rayas que tenía Tris-Tras, que murió hace ya cuatro meses. Su capa de gato europeo dorado aparentaba estar hecha de pelos de distinto color pero, en realidad, cada uno de sus pelillos repetía en miniatura el dibujo de la piel del gato entero.

Cada dos por tres encontramos, todavía, sus huellas por la casa: un pelo que se adhiere a nuestra ropa o que aparece en un cojín del sillón; el enganchón que hizo con sus uñas en la mejor colcha de nuestra cama, una colcha que ella mullía como quien ordeña, antes de dar tres vueltas sobre sí misma y acomodarse en la parte más confortable; la aparente suciedad de la parte baja de la mesa resulta ser la marca de la grasa de su pelaje y, de repente, la recordamos frotando su mejilla, su cuello y su lomo contra esa pata del mueble, marcando el territorio que ella tenía como suyo, un territorio en el cual nosotros vivíamos de prestado, como huéspedes bienvenidos o, mejor dicho, bien tolerados.

La primera vez que pasó esto fue en un viaje transoceánico. Llegué al hotel por la tarde, aproximadamente a la misma hora en que había salido del aeropuerto de origen (el avión había luchado infructuosamente contra los husos horarios y nos encontrábamos en el mismo punto de partida de un día

larguísimo), y al abrir la maleta lo primero que vi fue una hebra de oro incrustada en mitad de la solapa del traje de chaqueta que pensaba ponerme en la reunión de trabajo más formal de mi estancia. Me hizo gracia que Tris-Tras, que se había quedado en casa, me hubiese acompañado hasta el otro lado del Atlántico, representada por aquella hebra que parecía de seda. Tomé el pequeño filamento y lo deposité con cuidado en un pliegue de los gruesos cortinones de cretona que cerraban la ventana: quería dejar ahí aquel recuerdo de un animal que allí nunca estuvo ni estaría, una presencia virtual. Tal vez siga aún en el mismo sitio.

A lo largo de los años, hemos ido sembrando el mundo con menudos rastros de Tris-Tras. Los hemos llevado encima sin sentirlos y los hemos diseminado por aviones, trenes y autobuses, en nuestro coche, en la calle, en los comercios, en las butacas de los cines y en los sofás de las casas de nuestros amigos; desde allí un ejército de desconocidos los transportaron consigo, sin darse cuenta, hasta muy lejos, a unos lugares en donde nunca estuvimos; algunas hebras doradas han llegado hasta el mar, otras se han perdido en los bosques por cuyos senderos hemos paseado sus portadores. Las hebras sedosas —cada una de las cuales tiene tres colores sutiles, como teñidos a propósito— se habrán esparcido por rincones lejanos de un mundo globalizado. Es lo que queda de Tris-Tras, ahora que ella ya no está. Ese animal se marchó dejando el mundo lleno de pelos.

Seguimos repitiendo, sin querer, los viejos gestos, ahora innecesarios: dejar todas las puertas un poco entreabiertas para que Tris-Tras pueda circular libremente por la casa, porque los gatos no soportan verse encerrados en una habitación. Tener cuidado de cerrar bien las ventanas, no sea que se vuelva a precipitar desde un segundo piso, como ya pasó una vez; y nos da un vuelco el corazón cuando pensamos que ahora ya podemos tener las ventanas abiertas de par en par: esa libertad nuestra recién adquirida nos deja una sensación de vacío y un regusto triste. A la hora de costumbre pensamos «tengo que ponerle comida y agua limpia», para caer en la cuenta de que no hay ya a quien dar de comer ni de beber. Y a veces, cuando pasamos ante la puerta de cualquier habitación, echamos una ojeada para comprobar dónde está el gato, que ya no está.

Murió con la dignidad con que saben morir los animales. Delicada como era, tuvo el detalle de morir un día en que estábamos todos en casa: no en uno de tantos días de diario en los que cada cual marchaba a su trabajo y Tris-Tras se quedaba sola, disfrutando de los múltiples cojines, sillones y alfombras a su servicio; hubiera sido un dolor haber regresado del trabajo y haberla encontrado enferma, agonizando o quizás ya muerta. Pero no: murió un sábado por la mañana, dándonos tiempo a despedirnos y a verla marchar.

La noche anterior había estado como siempre, jugando con nosotros — gata anciana que todavía era capaz de jugar, que perseguía hilitos por la alfombra o deshilachaba con vigor las tapicerías, afilándose las uñas en todos los sillones—, había comido y bebido igual que cualquier día y se había arrellanado en nuestro regazo mientras descansábamos sentados en el sofá. Nos extrañó que, al levantarnos y subir las persianas, no saliera, como solía, a saludar al sol con maullidos entusiastas. Tuvimos que buscarla y la encontramos escondida debajo de una mesa, con los ojos cerrados y una debilidad de muerte; contra su pulcra costumbre, había hecho sus necesidades sobre la alfombra.

Cuando la sacamos del rincón, las patas apenas la sostenían, pero casi arrastrándose fue a buscar otro rincón oculto. Mala señal: los animales se acochan para morir, como si supieran que uno muere solo y lo mejor en ese momento es evitar cualquier compañía.

La tomamos en brazos para meterla en el cajón de transporte y apenas pesaba; su cuerpecillo peludo tenía la consistencia de uno de esos horribles aditamentos de peletería que en tiempos se ponían las señoras en torno al cuello: un bicho muerto y curtido —visón, marta o zorro— con ojos de cristal, que incomprensiblemente se llevaba como adorno.

Se dejó introducir en el cajón de transporte pasivamente, sin resistirse como otras veces, y se ocultó en el fondo como si quisiera esconderse. Durante el tiempo de espera en la consulta del veterinario pareció espabilarse un poco: se dio la vuelta y nos miró, con una extraña serenidad, a través de los barrotes; llegó a maullar con energía —con su energía habitual: un maullido autoritario y exigente— pidiendo que la sacásemos de

allí. Un perro con la pata escayolada se acercó a husmear, pero fue enseguida retirado por su dueña. Nosotros aguardábamos con el corazón encogido y no sabíamos qué temer más: si que aquel fuera el día de su muerte o el inicio de un calvario de tratamientos, operaciones y curas, para morir unos días, unas semanas, unos meses después. Un animal tan viejo tiene ya pocas oportunidades.

Apenas dio tiempo a que el veterinario la reconociera superficialmente, aventurando el diagnóstico de un tumor que se palpaba en el vientre, bajo la capa de piel aún espesa y sedosa, pese a la edad. Esperando para hacerle unas pruebas empezaron las convulsiones. No había nada que hacer. El papel que firmamos entre lágrimas ponía «Autorización de eutanasia compasiva».

Nos dieron a elegir entre marcharnos y dejarla en las manos piadosas del veterinario o quedarnos hasta el final. Elegimos estar presentes, aún no sé si para ofrecerle una imposible compañía en el momento de la muerte o para no quedarnos con la incertidumbre de cómo había sido ese último instante, qué le hicieron.

Todo fue fácil: una vía en la vena para inyectar primero un sedante (estaba tan débil, tan incapaz de sostenerse, que resbalaba sobre la superficie pulida de acero inoxidable de la mesa de operaciones y la patita de la vía se le quedó en una posición inverosímil, como la de un peluche descoyuntado), un ligero vómito de aquella comida que le habíamos dado la noche antes sin saber que era la última vez que comía, una inyección y nada más; ni siquiera un suspiro, un estertor o un movimiento; solo un reguerito dorado de pis que manó suavemente y se extendió por la camilla. El veterinario, profesional, auscultó el cuerpo menudo, que había quedado en la mesa de operaciones despatarrado boca abajo, en una posición parecida a la que adoptaba para refrescarse en verano cuando hacía mucho calor. «No oigo el corazón, ya está», nos dijo. La acariciamos y la miramos por última vez: parecía un trapito mojado, pero sus ojos abiertos tenían la misma expresión y el mismo color de ámbar de siempre, no enturbiado por la muerte.

Llorosos, no pudimos no pensar que una muerte así, tan fácil, también la queríamos algún día para nosotros.

De vuelta en casa, hubo que recoger, lavar y empaquetar sus cosas para subirlas al trastero. El lavado iba adquiriendo un sentido ritual, de rito de paso, como si el agua lustral del grifo, a medida que corría, tuviese el poder purificador de irse llevando nuestra pena.

En todos los rincones de la casa empezamos a encontrar cosas que eran suyas; no nos habíamos dado cuenta de que tuviera tantas. Siempre pensamos que los animales no poseen nada, que todo lo que tienen es nuestro, pero entonces nos dimos cuenta de que es al revés: muchas de las cosas que creemos nuestras son, en realidad, suyas, desde el momento en que ellos las usan y para nosotros no tienen ya ninguna utilidad.

Los historiadores usan los testamentos e inventarios de bienes post mórtem que se conservan en los archivos notariales para estudiar cómo era la vida cotidiana en la Edad Media o en los siglos XVI y XVII. Cuando en un inventario de los bienes de un artesano o de un comerciante leemos, entre otras cosas, «una camisa de lino, traída» (es decir, usada), «un lebrillo de barro desportillado», «un pedazo de frazada de lana» o «una llave grande, de hierro», la enumeración de esos pequeños objetos viejos, gastados o aparentemente inservibles nos traslada a una sociedad donde las cosas no eran de usar y tirar, donde, incluso entre la gente que vivía con cierto acomodo, la ropa y los enseres se aprovechaban hasta que se caían a pedazos, donde se guardaban e incluso se heredaban objetos que nosotros consideraríamos inútiles.

El inventario de los bienes de Tris-Tras informa, indirectamente, sobre la vida cotidiana y los usos y costumbres de un gato en una familia de clase media de Europa occidental a principios del siglo XXI. Contiene los siguientes enseres:

- Un cajón con arena, apto para las necesidades fisiológicas de un gato.
- Una palita de plástico para recoger deyecciones de la arena.
- Un paquete de arena para gatos, mediado.
- Un paquete de pienso para gatos, apenas empezado.
- Un tubo de malta para gatos, para evitar la formación de bolas de pelo en el estómago.

- Una caja de transporte de tamaño mediano (que ella odiaba porque solo servía para cosas horribles: ir al veterinario o salir de viaje en coche; en esa caja hizo también su último viaje).
- Un comedero amarillo en forma de cuenco, de plástico, de dieciocho años de antigüedad.
- Una taza de cerámica azul apta para servir de bebedero (era muy señorita y no le gustaba beber agua de recipientes de plástico).
- Dos tolvas, una apta para servir de comedero y otra para servir de bebedero (tampoco le gustaban, y cuando las poníamos refunfuñaba y daba vueltas en torno a ellas, porque ya sabía lo que significaban: que íbamos a estar unos días fuera, dejándola sola en casa).
- Un cestito tejido con vaina de maíz, artesanal, apenas utilizado (nunca conseguimos que se quedase a dormir en él).
- Una bufanda de lana estampada con dibujos figurativos, elegante pero pasada de moda, apta para ser colocada sobre la mesa telefonera del salón junto al radiador, para dormir la siesta encima.
- Otra bufanda de lana de mohair, apelmazada por un lavado inadecuado, apropiada para colocar en el sofá y dormir la siesta encima.
- Un cojín de tapicería de algodón, con aplicación rectangular de seda bordada, comprado en un bazar chino por dos euros, apto para ser colocado en un sillón y dormir la siesta encima.
- Un cojín redondo, hundido en su parte central, con funda de algodón, apto para dormir la siesta encima.
- Una manta de viaje de tejido sintético, entreverada de pelos de gato de varias temporadas de muda, que no se han podido eliminar en sucesivos lavados ni pasadas de aspirador, apta para ser doblada y colocada en cualquier lugar, a fin de dormir la siesta encima.
- Un collar de terciopelo, con adornos de piedrecitas brillantes de strass, puesto solo en dos ocasiones (en las dos consiguió quitárselo en menos de treinta segundos).
- Un cascabel, no utilizado.
- Una pelota de *ping-pong*.

- Una pelota pequeña, de rayas de colores, de material sintético.
- Un balón de fútbol en miniatura, imitación cuero, de color rosa.
- Un ovillo de hilo de perlé amarillo.
- Una bola hecha con papel de aluminio procedente de diversos envoltorios alimentarios.
- Un carrete de hilo sin hilo, atado con un cordón de goma elástica (servía para jugar).
- Un ratón de tela, con cascabel incorporado, agujereado por varios lugares.
- Una almohaza para acariciar quitando pelos.
- Un peine tipo cuchilla de stripping, útil para la muda de pelo de verano.

Otros bienes no se inventarían, porque fueron donados en vida. Por ejemplo:

- Un refugio de tela acolchada, en forma de iglú, en el que no soportaba estar por ser excesivamente caluroso y que a los pocos días fue donado a otro gato.
- Una silla de oficina con asiento de tapicería desgarrada por el afilado de uñas, que fue donado al Punto Limpio de la ciudad.
- Un prisma forrado de cuerda de esparto, especialmente diseñado para el afilado de uñas, completamente intacto. Fue donado a otro gato que lo dejó, también, completamente intacto.
- Seis o siete fundas de sillón desenfundable, que fueron progresivamente donadas a una ONG que recoge ropa y trapos viejos, a medida que iban siendo hechas jirones por el afilado intensivo de uñas.

Si un historiador del futuro estudiase este inventario, sacaría la conclusión de que se trataba de un gato rico, que poseía abundantes propiedades, tanto de bienes de primera necesidad como suntuarios, suficientemente bienestante como para hacer donaciones a sus iguales (el iglú, el prisma forrado de cuerda de esparto) y a obras de beneficencia (la

ONG que recibió nada menos que seis o siete fundas de sillón: una cantidad considerable para la época), y para permitirse el lujo de poseer, por mera ostentación, algunas propiedades que nunca usaba (el cesto de paja, el collar de terciopelo, el cascabel), igual que los nobles del Antiguo Régimen.

El momento en que más la echamos de menos es por la mañana, cuando nos levantamos y alzamos las persianas para que entre la luz del día que empieza. Lo hacemos ahora en un silencio ominoso, en el que solo oímos nuestros propios pasos, el sonido de la persiana al subirse, algún ruido que proviene del piso de arriba o del de abajo (los vecinos también se han levantado y trastean por sus respectivas casas, repitiendo las rutinas domésticas de todas las mañanas) y, sobre todo, el bullicio de los pájaros que pían en las ramas de los árboles del jardín comunitario.

Antes, cuando estaba Tris-Tras, el gesto maquinal de correr las cortinas y subir las persianas iba acompañado de todo un ritual de bienvenida al nuevo día, a la luz del sol que empieza a despuntar: se oía un leve golpe del muelle aterrizaje de unas patas sobre el suelo (¡plof!); una carrerita, mezcla del tacto gomoso de los pulpejos y el repiqueteo de las uñas sobre el *parquet*, se iniciaba desde alguna parte —desde el sofá, desde una de las sillas cuyo asiento queda bajo la mesa del comedor formando una grata cueva, desde el cojín sobre la cama del cuarto de invitados— y se apresuraba hacia el salón todavía oscuro; la carrera iba acompañada de gritos de salutación, no exactamente de maullidos, sino de unos sonidos casi articulados a un volumen que parecía imposible que saliese de un cuerpo tan pequeño: ah, ah, aaaah, aaaaah (su peculiar saludo al sol: el nuevo día había llegado. Surya namaskar).

Alzadas las persianas, la luz naciente era saludada con más gritos de entusiasmo que acababan, indefectiblemente, con un eufórico afilado de uñas en el sillón orejero del salón. La pequeña arpista peluda rasgaba la tapicería —ya deshilachada de jornadas anteriores— con una dedicación que indicaba su gran alegría de estar viva y estrenar una mañana nueva. Luego, sin interrumpir la emisión de alaridos, se dejaba caer de lado sobre la alfombra y exigía, también con gritos entusiastas, que le acariciásemos el bosquecillo de pelos de la tripa. Entonces, mientras sumisos le pasábamos

la mano por aquel vientre peludo, diciéndole palabras de bienvenida, aprovechaba para estirarse, así tumbada, con una exhibición de músculos que se marcaban, perfectamente definidos, bajo la espesa piel. A veces su alegría era tanta que acababa por pegarnos un mordisco cariñoso que nos hacía ver las estrellas y nos dejaba durante varios días las marcas agudas de sus colmillos afilados, haciéndonos conscientes de tener en casa una fiera que solo por propia voluntad no ataca.

En nuestras manos estaba, entonces, la facultad de hacer brotar el sol e iluminar el día. Los fines de semana, cuando nos levantábamos un poco más tarde, Tris-Tras reclamaba desde el salón, con gritos imperiosos de enfado, su derecho a estrenar el día a la hora habitual: sin duda la luz estaba allí y nosotros la manteníamos oculta; no habíamos hecho surgir aún el sol porque no habíamos querido, no porque el sol no estuviese disponible, prueba de ello era que la luz se colaba ya por las rendijas de las persianas. Y, sobre todo, el bullicio de los pajaritos en las encinas del jardín mostraba a las claras que el día había empezado ya hacía rato y nosotros, poseedores del poder de iluminar la vida, seguíamos durmiendo. Escuchábamos soñolientos, desde nuestra cama, la murga impotente del animalito que exige que amanezca el día como siempre, a la hora de siempre, como si poseyera un reloj interior: las maniáticas rutinas de los gatos. Luego, cuando nos levantábamos por fin, la encontrábamos un poco enfurruñada, como si nos dijese: «¿Por qué habéis tardado tanto en amanecer?».

Y ahora que amanece para nosotros solos, añoramos aquellas exigencias, llenas de vitalidad, de un ser que adoraba la luz y anhelaba, a todas horas, ver pajaritos.

A ver pajaritos solía dedicar mañanas enteras, en especial en los días claros de primavera y de otoño. Ver pajaritos era un derecho gatuno continuamente reivindicado. Si la Carta de los Derechos del Hombre hubiera sido redactada por gatos, probablemente el ver pajaritos se hubiera recogido en ella como un derecho inalienable, tan inalienable como la vida o la libertad; a falta de cosa mejor, sin duda ver pajaritos figuraba en un lugar preferente en la Carta de Derechos de los Gatos, un código legal mucho más modesto pero no menos exigente.

Observaba durante horas el vuelo de los gorriones que, desinhibidos y provocadores, llegaban a posarse en el mismo alféizar de la ventana en la que Tris-Tras estaba apostada, dispuesta a la caza: lástima que hubiese un cristal entre la presa y aquella menuda cazadora alerta, que acechaba con las orejas aguzadas, el lomo erizado y las patas traseras en tensión, dispuesta a un salto asesino que nunca podría producirse. Los gorriones, listos, sabedores de la existencia de aquella barrera invisible, se exhibían, descarados, ante la mirada impotente y excitada de una fiera cazadora encerrada en una urna de cristal.

En algunas de las fotos que a lo largo de su vida le hicimos, Tris-Tras aparece inmortalizada precisamente en la actitud de ver pajaritos: de espaldas, su figura se recorta a contraluz frente a la ventana por la que se entrevé el patio de luces iluminado por el sol (destacan las orejillas puntiagudas en posición de alerta); en otra, se ha colado por entre las cortinas para asomarse a la ventana y solo se ve claramente el rabo asomando entre las caídas de los cortinajes, mientras la cabeza, sin duda absorta en la contemplación de pajaritos, se difumina al otro lado del visillo semitransparente. En varias fotos se la ve con la mirada alzada hacia lo alto y la carita iluminada por un rayo de sol, como si estuviera recibiendo una revelación; adivinamos que su vista aguda de fino depredador sigue el alto vuelo de un pájaro en el cielo claro de un día de buen tiempo: tan lejos, tan deseado, no por inalcanzable menos perseguido.

El cuerpo de los gatos hay que conquistarlo poco a poco. Ellos son muy dignos y, al principio, no se dejan tocar, así que es preciso hacer como el Principito hace con el zorro en la novela de Saint-Exupéry: un proceso de acercamiento paulatino, arrimándose cada día un poco más hasta ganarse la confianza de la pequeña fiera pacífica. Así nos educan en virtudes imprescindibles y hoy preteridas: la paciencia, la constancia, la capacidad de esperar sin obtener un resultado inmediato. Aprendemos, gracias a ellos, a conquistar poco a poco, parcela a parcela, un pequeño cuerpo peludo, hasta que nos consienten poner los dedos en los lugares más intocables: el rabo, el bosquecillo suave del vientre o el fresco y gomoso resquicio que queda entre los pulpejos de las garras.

Recuerdo bien el primer paso de acercamiento de Tris-Tras. Hacía apenas unos días que había llegado a casa y aún tendía, desconfiada, a huirnos. Por la noche, a veces oíamos pequeños pasos sigilosos que exploraban cada rincón de la casa, pero durante el día solía esconderse en lugares que creía seguros, bajo un sillón, entre las patas de una mesa, tras el televisor, en el estrecho pasillo que quedaba entre los libros de una estantería y la pared (a veces, de repente, un libro se movía solo hasta el borde de la balda y caía con estrépito, provocando un relámpago de huida) o incluso bajo la colcha de nuestra cama, que mostraba una cómica joroba en el medio: el bulto de un animal que indudablemente no se encontraba ahí, puesto que nadie podía verlo.

Poco a poco iba dejándose ver y una tarde la sorprendí atusándose al sol sobre la cama de la habitación de invitados. Había en la habitación un pequeño sofá que contenía una cama supletoria plegable. Hice como el Principito; fingí no haberla visto, me senté en el sofá y comencé yo misma a atusarme de la única manera que se me ocurrió: limándome las uñas. Un animal que está quieto, absorto en afilarse las uñas, es lo más parecido a un gato lamiéndose al sol. E, inteligentemente captado mi mensaje no verbal que establecía entre nosotras una afinidad, Tris-Tras se deslizó desde la cama en la que estaba y se acomodó a mi lado en el sofá, dándome ostentosamente la espalda.

Entonces supe que, por fin, confiaba en mí. Uno no da la espalda a su enemigo. Así que cuando los gatos se sientan ofreciéndonos su espalda y las orondas ancas peludas, mirando hacia la puerta de la habitación, en ese gesto que parece de olímpico desprecio hay toda una declaración de confianza y afecto: no temo nada de ti y miro hacia la puerta porque estoy alerta, dispuesta a defenderte de los posibles predadores que tal vez se acercan por el pasillo con la intención de entrar en esta nuestra guarida. Los predadores —piensa el gato— no pasarán mientras yo esté aquí para defender este lugar que es mío y también, por qué no decirlo, un poco tuyo.

Dicen que acariciar la piel de un gato alarga la vida, tal es su suavidad. Si la caricia es capaz de arrancar un ronroneo y una serie de restregones mimosos, el acto de acariciar se convierte en un ejercicio de relajación.

Pero también en esto hay que ir poco a poco, practicar una ascesis cauta de conquista paulatina. Las instrucciones para aprender a acariciar un gato pueden ser como sigue:

— Lo conveniente es empezar dejando caer la mano muerta ante el morrete, para que sea adecuadamente explorada y olisqueada. De momento, no intente nada más.

— Si la mano es aceptada y no recibe ningún zarpazo feroz, ni tampoco un bufido de rechazo, entonces se puede empezar por la cabeza. «Si quieres que el gato te quiera, ráscale la calavera», dice el refrán. Conviene empezar tocando el espacio alto de la frente, entre las dos orejillas enhiestas, en ese lugar al cual los gatos tratan de llegar cuando se atusan frotando la patita mojada en saliva y doblando la mano de manera inverosímil, como si no tuviera hueso. A ese sitio se llegan muy mal y un atusamiento externo puede ser bien recibido: el sentido higiénico del gato se impone entonces a su sentido común, que lo invitaría a desconfiar de un animal tan enorme que hurga en una cabecita tan pequeña.

— Empiece primero con la yema del dedo y luego, si no suscita rechazo, con la uña.

— Si todo va bien, puede continuarse trazando una suave línea desde la frente rodeando una oreja. Notará que allí el pelo es más suave, como un plumón de pájaro.

— No es extraño que el toque tras la oreja suscite un restregón del morro contra la mano o contra la pierna. Esté atento, porque, con el entusiasmo, algunos gatos suelen perder el tino y largar un mordisco con todas sus fuerzas. Es un mordisco de aceptación y agradecimiento, pero duele. Otras veces se les dispara la garra en un viaje que puede ser con uñas escondidas (ganas de jugar o señal de aviso sin deseo de hacer sangre) o con uñas desplegadas como garfios (señal de digno rechazo: déjame en paz y recuerda que soy un felino, de la misma familia que los tigres y los leones).

— Si ha conseguido llegar hasta aquí sin ser mordido ni arañado, puede aventurarse a recorrer con la palma de la mano la columna vertebral, en la que cada vértebra se marca distintamente, con elasticidad envidiable, por debajo de la piel mullida.

— Si consigue dar varias pasadas desde la nuca hasta el nacimiento del rabo, ha logrado superar la primera lección de cómo acariciar a un gato. Mejor no insista más por hoy, porque una de las virtudes más apreciadas por el gato es la moderación; el exceso de caricias resulta fastidioso para el destinatario y este primer encuentro puede acabar violentamente. Mañana más.

Otras caricias forman parte de un curso avanzado. La más difícil es la del rabo: continuar el recorrido de la palma de la mano sobre la columna hasta el nacimiento de la cola, cerrar el puño (sin apretar demasiado) en torno al rabito y desde allí lograr recorrerlo desde la base hasta la punta. La primera vez que lo intenté con Tris-Tras, ella se revolvió, amagó un zarpazo de algodón con las uñas cuidadosamente guardadas para no hacerme daño y me lanzó una mirada de indignación expresiva: «imbécil, ahí no se toca».

La última fase es conseguir que se dejen tocar el bosquecillo de seda de la tripa, donde la piel es más suave. Cuando se acostumbran, les gusta tanto que acaban convirtiéndolo en uno de los muchos derechos humanos que tienen los gatos: se ponen panza arriba y exigen con maullidos (a veces, a grandes voces) que les toquemos la tripa de una vez. Y nosotros nos agachamos para complacerlos, conmovidos por la confianza que nos tiene esa pequeña fiera tumbada sobre su lomo, con las patitas encogidas, ofreciéndonos su parte más vulnerable, allá donde un predador clavaría los dientes para desgarrar la piel y llegar a las alimenticias entrañas. En esa postura, matarlos nos sería muy fácil, si quisiéramos. Pero no queremos, y ellos lo saben.

La perfecta, la absoluta belleza en miniatura de un animal sin un solo defecto físico, todo armonía. En la literatura medieval se desarrolló el tema de la *descriptio puellae*, la descripción de la belleza de una muchacha de la cabeza a los pies, comparando cada parte del cuerpo con algo hermoso. Miro algunas fotos (de los centenares de fotos que le hicimos), en las que la belleza de la doncella peluda Tris-Tras se muestra en todo su esplendor.

Se empieza siempre por describir la cabeza, que aquí podría compararse con una cajita de marfil forrada de terciopelo; en su interior, aunque no se ve, hay una gema de alabastro en forma de nuez: el cerebro, tan duro como

un canto rodado. A veces parece imposible que puedan caber en un sitio tan pequeño y plano como la caja craneal del gato ideas tan redondas, tan firmes, tan inamovibles, tan enérgicas.

Sobre la cajita de marfil se elevan, enhiestas, dos orejas de seda que, cuando se ven a contraluz en una mañana de sol, muestran al trasluz un entramado de venillas rosadas.

La frente, amplia y despejada, tiene el dibujo de una M mayúscula en tono más oscuro. La frente, por tanto, podría compararse con una pizarra jaspeada y suave sobre la que alguien ha empezado a escribir.

Los ojos son dorados, así que los compararemos fácilmente con cuentas de ámbar traslúcido, en las que se adivinan pequeñas motas negras, como insectos atrapados en la mirada desde tiempo inmemorial.

Esos ojos de oro y chispas de mica están bordeados por unas líneas marrón oscuro de inspiración egipcia, que parten de la zona superior del ojo y se alargan por las mejillas, hasta alcanzar el cuello. Diremos, por tanto, que ese maquillaje natural, hecho de pinceladas de pelo, son los ojos de una princesa del Nilo.

Otras líneas del mismo color rodean el cuello, como collares o torques indelebles.

Las patas delanteras llevan también las mismas líneas circulares en disminución, que semejan pulseras.

De las manos diremos que no tienen huesos, a sabiendas de que mentimos porque ocultan garras afiladas, que en la foto no se ven. Como tampoco se ven los mullidos pulpejos marrones, de cuero desnudo, brillantes y limpios, parecidos a granos de café.

El lomo es fácil de describir: un arco que cuando quiere descansa y cuando quiere se tensa como si fuera a lanzar una flecha al viento.

El rabo, una serpiente emplumada con anillas de color oro y beige.

La piel del vientre es un bosque de seda, y cuando arquea el lomo, estira las patas traseras y levanta el rabo, muestra con naturalidad un ano sonrosado y limpio como una flor.

De vez en cuando, encontramos las marcas de su paso, los hitos que señalaban su territorio. Tardamos algún tiempo en comprender que esas

sombras oscuras, grisáceas, que se notan en la parte baja de todas las jambas de las puertas tenían algo que ver con Tris-Tras. La marca gris y mate es, al tacto, un poco grasienta: restos de la grasa del pelo de un animal que ya no está aquí y que, sin embargo, ha dejado todo nuestro territorio marcado como suyo. Cada vez que pasaba de una habitación a otra deslizaba, casi imperceptiblemente, su lomo por la jamba de la puerta; hacía lo mismo con las patas de las mesas y de las sillas, con la salida a la terraza, con los pies de la cama y con algunos radiadores. Su paso por esos lugares era tan sutil que apenas nos dábamos cuenta, pero ahora que ya no está, resulta que toda la casa se encuentra señalada. Decenas, centenares de pasadas del lomo por los mismos sitios han dejado por todas partes unas marcas que antes no veíamos y a nosotros se nos saltan las lágrimas cuando, esgrimiendo una bayeta impregnada de líquido limpiador multiusos, vamos borrando esas huellas y recuperando como exclusivamente nuestro este lugar que fue su territorio. Tenemos la sensación de estar conquistando una tierra desierta, un sitio vacío.

De todos los animales domésticos, es el gato el único que no ha sido domesticado por el hombre. No porque siga siendo salvaje (aunque a veces lo parezca) ni porque no sea capaz de convivir con los humanos, sino porque no fueron los seres humanos los que domesticaron al gato, más bien fue el gato el que se domesticó a sí mismo. En otros casos, los humanos tomaron cachorros de otras especies, los acostumbraron a convivir en su entorno o los sometieron y doblegaron; pero el gato decidió él solo mudarse a vivir a las casas de los humanos. Por eso los gatos no tienen amo y la convivencia con ellos es siempre producto de un pacto, de una negociación, no de una dominación (si acaso, son los gatos los que dominan a los seres humanos, esos animales enormes y, no obstante, bastante dóciles).

En los zocos de las ciudades del Norte de África todavía quedan contadores de cuentos que narran ante un corrillo de espectadores espontáneos historias recibidas por tradición oral, transmitidas de generación en generación; unas historias que cada narrador enriquece con sus propios detalles y adornos. Entre las historias que se cuentan está la de cómo el gato domesticó al hombre; esta puede ser una versión:

Hace miles de años, el gato ambicionaba los graneros del hombre. Y su ambición no era porque desease los cereales que allí se guardaban, ya que para el gato no tenían ningún valor, sino porque había observado que las ratas y los ratones entraban a escondidas en los silos, aprovechando cualquier pequeño agujero o cualquier resquicio entre las puertas, para comerse el trigo y la cebada. Así que el gato, que es animal sagaz y astuto, pensaba que si podía él mismo entrar en los silos y en los pósitos de grano de los hombres, siempre encontraría allí caza abundante y podría alimentarse con seguridad y poco esfuerzo.

Pero ni siquiera le era posible acercarse a los poblados donde estaban las paneras, porque en aquel tiempo el gato era un animal salvaje, que vivía libre en los desiertos y salía de caza por la noche, cuando la tierra se libra del ardor del sol y los insectos y las pequeñas bestias abandonan su refugio entre las arenas para revivir con el aire fresco de la noche. El hombre aborrecía a los animales salvajes del desierto y procuraba mantenerlos lejos de los poblados, persiguiéndolos hasta matarlos, y esa era la razón por la cual el gato no podía acercarse a los poblados ni a sus graneros.

El gato tiene una cualidad que no posee el hombre: es paciente y no le importa esperar. Al contrario que el hombre, que todo quiere hacerlo deprisa, que trabaja aceleradamente y apenas tiene tiempo para sentarse y sosegar, el gato se sienta, se acomoda y espera a que se produzca la mejor ocasión y solo entonces actúa. Así que el gato meditó, y meditó, y meditó sobre cómo podría entrar en los graneros y decidió, por fin, dar un pequeño paso para acercarse a las casas de los hombres.

Una noche, mientras los hombres dormían, el gato se fue aproximando a un poblado y, cuando encontró un lugar que le pareció bien, escogió un árbol, trepó por el tronco ayudándose de sus uñas, y se acomodó en una rama alta, en un lugar donde los hombres pudieran verle pero si intentaban cogerlo él pudiese huir con facilidad.

Amaneció el día y al principio los hombres no repararon en el gato porque, aunque estaba a la vista de todos, su pelaje le hacía pasar inadvertido entre las luces y sombras que formaban las hojas del árbol. Y

además los hombres estaban ocupados en sus tareas y no se entretenían en mirar hacia arriba, donde se encontraba el gato observándolos, bien instalado en una de las ramas. Y el gato esperó, y esperó, y esperó.

Al cabo de unos días, a la hora en que el sol está más alto en el cielo, los hombres no pudieron soportar el cansancio y el calor y se sentaron a descansar a la sombra de un sicómoro que daba una sombra muy fresca; porque el gato había sabido elegir bien y estaba en el árbol que da mejor sombra, que es el sicómoro. Y uno de los hombres, que se había tumbado a la sombra, miró hacia arriba y vio al gato cómodamente sentado en su rama, avisó a los demás y empezaron todos a tirar piedras para matar al gato o para ahuyentarlo de allí, como hacían con todas las alimañas; pues los hombres de aquel tiempo eran salvajes y apenas distinguían entre un gato y una cobra o un chacal: para ellos todos los animales que viven libres eran iguales. Pero como el gato estaba muy alto y firmemente asentado en una rama, las piedras que tiraban no llegaban a alcanzarle y en cambio caían sobre las cabezas de los que las habían tirado. Hasta que los hombres se cansaron de recibir en la cabeza las pedradas que ellos mismos habían lanzado hacia lo alto y decidieron dejar en paz al gato, seguir descansando mientras el gato los vigilaba, y luego volver a trabajar. El gato se quedó allí, en el lugar que había elegido, y permaneció en él todo el tiempo que quiso, se marchó cuando le pareció bien y regresó siempre que le apeteció, y de vez en cuando, si lo deseaba, cazaba alguno de los pájaros que acudían a picotear la fruta del árbol.

Poco a poco, los hombres se dieron cuenta de que en el árbol en el que se solía aposentar el gato los pájaros no se comían la fruta, porque el gato los cazaba o las mismas aves huían por temor a ser devoradas. Así que decidieron que era cosa buena que el gato se subiese a aquel árbol y estuviese en él el tiempo que quisiese, cuanto más tiempo mejor. De esa manera empezó el gato a domesticar al hombre, pues el primer paso para domesticar a un animal es que este acepte la presencia de su amo sin atacarle, y el gato había conseguido que el hombre aceptase su presencia e incluso la desease.

Una vez que el hombre se había acostumbrado a la presencia del gato y lo había aceptado como amo, para el gato fue muy fácil entrar en los

graneros de los hombres, porque tenía el cuerpo ágil y flexible, era capaz de saltar y trepar, y si no podía pasar por los huecos de las puertas se colaba por las trampillas por las que se vertía el grano en el interior de los silos o por los respiraderos que se hacen en los tejados para que el trigo se oree y no se pudra. Allí, en los graneros, de noche, cazaba a gusto y bien, sin apenas esforzarse, porque las ratas y los ratones entraban confiados a alimentarse y no veían que el gato estaba escondido entre los montones de trigo; y durante el día, dentro del granero, el gato podía mantenerse a salvo del calor.

Pero el gato era orgulloso y no le bastaba con poder cazar y estar cómodo en los graneros del hombre, sino que ambicionaba que el hombre le estuviese agradecido y buscase su favor. Así que adrede empezó a dejar pequeños ratoncillos muertos a la vista, de manera que el hombre se los encontrase cuando entraba en el silo a tomar el grano; y procuraba siempre que en aquellos animalillos muertos se viesan bien las señales de sus garras, para que se supiese quién los había matado. Otras veces pisaba a propósito en la sangre de sus víctimas o se afilaba las uñas en la cal de las paredes del granero, y luego, con los pulpejos empapados de sangre o rebozados de cal, andaba por todas partes para dejar un rastro con las huellas de sus patas: que el hombre viese con claridad quién le hacía aquellos favores y a quién debía estar agradecido por librarle de las ratas y los ratones que antes le comían el grano.

El hombre, aunque era un poco torpe y tardo de reflejos, acabó dándose cuenta de que en los graneros donde encontraba las huellas del gato no había ratones ni le disminuía el grano y quedó tan agradecido hacia el gato que le permitió vivir en el granero y entrar y salir de él cuando quisiese.

Pero el gato era orgulloso y empezó a ambicionar tener mayor poder sobre los hombres, entrar en sus casas y apoderarse de lo mejor que había en ellas. Y, sentado sobre los montones de trigo que constituían el sustento de los hombres, se puso a pensar cómo podía conseguirlo, y meditó, y meditó, y meditó.

Después de mucho meditar, cayó en la cuenta de que el hombre estimaba sobremanera a sus crías, a las que cuidaba con abnegación y mantenía y alimentaba durante años. Así que pensó que si lograba

domesticar también a las crías del hombre, el hombre haría todo lo que el gato quisiese y estaría a su mandar.

Además, el gato encontraba agradables las crías del hombre porque estaban siempre en lugares cómodos y abrigados y desprendían un olor grato de la leche tibia que mamaban de los pechos de su madre, la hembra humana. Así que un día el gato se deslizó en el interior de la casa del hombre —no sabemos si entró por una puerta entreabierta o por una ventana o por un agujero del techo, porque todo era posible para él y nada se le resistía y además era valeroso y no se arredraba ante ningún peligro — y, agazapado en un rincón, esperó a que se hiciera de noche y el hombre y su hembra estuviesen dormidos. Entonces se deslizó desde su escondite hasta la cuna donde dormía la cría del hombre, se arrebujó junto a ella para gozar de su calor, y se quedó dormido. La cría, como tenía poca edad, se parecía a los animales y era, por tanto, más sabia que sus padres —pues los hombres van perdiendo sabiduría a medida que crecen, y ello es por causa de una enfermedad que sufren, que se llama Razón—, y encontró agradable el calor del gato y la suavidad de su piel, que era más suave y cálida que la piel de su propia madre, la hembra humana; así que acomodó su cuerpo al del gato y así durmieron, el uno junto al otro, buena parte de la noche. Con esto quedó domesticada la cría del hombre.

Cuando estaban así el gato y la criatura, durmiendo juntos en la misma cuna y en el mejor de los sueños, salió de su madriguera una rata. A las ratas también las atrae el olor de leche tibia de los labios de los niños pequeños y muchas veces se acercan a las cunas donde duermen, se meten entre las sábanas y les mordisquean las orejas y las manitas, que son para ellas un dulce manjar.

Así pasó aquella vez: que vino la rata y se metió en la cuna de la criatura con la intención de comérsele las orejas y los deditos de las manos, que saben a leche, sin darse cuenta de que allí estaba el gato, durmiendo al calor de la cría del hombre. Como los gatos tienen el oído muy fino y ven en la oscuridad, el gato se despertó y se puso al acecho sin moverse apenas, tal y como estaba en la cuna, y cayó sobre la rata, la sujetó por el cuello con los dientes y la mató de un golpe certero de sus patas traseras.

El gato es un animal sagaz y astuto y, aunque tenía hambre y le apetecía comerse a la rata, pensó que, si en lugar de devorarla la dejaba caer al pie de la cuna, sacaría más provecho, porque el hombre le quedaría agradecido, como le había quedado agradecido cuando empezó a encontrar ratones muertos en los graneros. Y así fue, porque cuando por la mañana vino la hembra humana a alechar a su criatura, vio a la rata al pie de la cuna y se asustó; pero luego vio al gato durmiendo (o haciendo como que dormía) junto a la cría y comprendió que el gato había salvado a la criatura de morir o de que la rata la dejase sin orejas o sin deditos de las manos. Y lo que había visto se lo contó a su macho, el hombre, para que le estuviese también agradecido al gato, que les había hecho tan gran favor.

Desde entonces el hombre dejó que el gato entrase y saliese de su casa como quisiera, que se sentase a dormir junto al fuego del hogar en invierno y se pusiese a descansar en el rincón más fresco en verano; como ofrenda le daba cada día un poco de los mejores manjares que comía, y el gato unas veces lo aceptaba y otras veces no, según era su gusto. Y era tal la sumisión del hombre y de su familia a los deseos del gato que, si el hombre iba a sentarse en un lugar y encontraba allí al gato, se retiraba y se sentaba en otro sitio, porque al gato le correspondía elegir primero el lugar en que asentarse en cada momento, y solo después de que hubiera elegido podía el hombre tomar lugar; y si había una puerta cerrada y el gato se ponía ante ella y maullaba para que se la abriesen, el hombre o la mujer o la criatura acudían enseguida y le abrían y le franqueaban el paso, porque el maullido del gato era para ellos una orden que no podían desobedecer.

En aquel tiempo los hombres solían tener aves en sus casas, para deleitarse con sus cantos o con el color de sus plumajes y gozar de su compañía. Así que en las viviendas del hombre había pájaros cantores, gallos y gallinas, ocas y gansos y otras aves, que se movían libremente por los patios y por las habitaciones y servían de compañía a los hombres y sus mujeres y de juguete para las criaturas.

Al gato le molestaba mucho aquello, porque las aves eran sucias y defecaban por todas partes, y no hay cosa que moleste más al gato que la suciedad. Además, a veces las aves, confiadas en la protección de sus amos, se atrevían a picotear en la comida que se ofrendaba al gato o a colocarse

en alguno de sus lugares favoritos. Y aunque el gato las ahuyentaba, dejaban el sitio lleno de plumas y de olor a guano, de forma que el gato tenía que pasar mucho tiempo escarbando en el lugar y atusándose para quitar el hedor.

Por eso decidió echar a las aves de la casa y empezó a cazarlas a todas horas, sin darles tregua, de manera que los hombres se encontraban de vez en cuando una tórtola muerta encima de la cama o un ganso degollado en medio del patio, junto al pozo.

Como los hombres no tienen el pensamiento muy ágil, costó un poco de tiempo que entendiesen lo que tenían que hacer. Pero al fin lo comprendieron y sacaron a las aves de las habitaciones de las casas, las encerraron en jaulas o las metieron en corrales donde las cuidaban y las alimentaban y desde entonces no volvieron a tener gallinas en las alcobas ni palomas en las cocinas. Y el gato se enseñoreó de la casa del hombre como único dueño.

En ocasiones, cuando llegaba la época de celo o le apetecía cazar en otro cazadero, el gato salía de la casa del hombre, desaparecía durante días y semanas y luego regresaba cuando le venía bien, porque no tenía que pedir permiso para entrar y salir de las casas, los graneros y los huertos del hombre; y el hombre y la mujer, cuando el gato volvía a casa y lo veían entrar de nuevo por la puerta o lo encontraban aposentado en su rincón preferido, se alegraban mucho y se decían el uno al otro: «¡Mira, ha vuelto el gato!», y le hacían nuevas ofrendas de comida o se atrevían a mostrarle su sumisión frotándole la palma de una de sus manos por el lomo, que es la forma como los humanos manifiestan su sujeción a los gatos. Y el gato unas veces arqueaba el lomo y elevaba el rabo, para mostrar que aceptaba aquellas muestras de sumisión, y otras veces, si no estaba de humor, bufaba y sacaba las uñas, para que el hombre se retirase a su lugar y no le importunase más.

Un día el gato murió y el hombre se sintió tan desamparado que quiso conservar al menos su cuerpo. Por eso mandó llamar a embalsamadores, para que embalsamasen el cuerpo del gato, lo momificasen como se hacía con las personas y lo encerrasen en un pequeño ataúd, hecho a medida del gato. Y luego el hombre enterró al gato con todos los honores y desde aquel

día lo consideró un dios y hasta mandó hacer pinturas murales y pequeñas esculturas con su imagen.

Pero el gato había dejado una gran descendencia sobre la tierra, y pronto otros gatos vinieron a las casas de los hombres, a ocupar los lugares que por su dignidad les correspondían y a recibir las muestras de pleitesía debidas. Y los hombres se alegraron porque habían recibido la visita de la reencarnación de su dios.

Así fue como los gatos domesticaron a los hombres y se hicieron sus amos, y ese vasallaje dura hasta hoy.

Los seres humanos —piensa el gato— padecen una enfermedad congénita degenerativa que se llama Razón. Esa enfermedad afecta gravemente a la calidad de vida de los humanos y, si no se trata adecuadamente, sometiendo a la Razón a períodos más o menos largos de inactividad, puede ser letal para el espíritu.

Al principio, la enfermedad muestra escasos síntomas. La cría humana, llamada bebé o niño pequeño, tiene la apariencia y el comportamiento de una cría de un animal cualquiera: come cuando se lo ofrecen (como muchas crías, aún no tiene capacidad para buscar por sí mismo el alimento), duerme sensatamente (es decir, siempre que le apetece), hace sus necesidades sin problemas (aunque con escasa pulcritud: su forma de pringarse con los propios excrementos no tiene nada que ver con el precoz aseo de los gatos, que ni en los primeros días de vida soportarían semejante porquería) y las pocas horas que pasa despierto las emplea en no hacer nada, en no pensar nada, o en distraerse con cosas insignificantes y efímeras, propias del presente, como mirar sus propias manos al contraluz, dar grititos para escuchar su propia voz o chuparse un pie. Si está a gusto muestra su contento y si está a disgusto o enfadado, lo muestra también, sin disimulo. Y, sobre todo, aún no manifiesta el síntoma más grave de la enfermedad: la manía de planificar el futuro, de imaginar lo que pasará (que tal vez no pase nunca), lo que provoca a los humanos un serio déficit de atención con respecto al presente; pensando en lo que vendrá y tal vez no venga, los humanos adultos acaban siendo incapaces de percibir lo que tienen alrededor. Están siempre anticipándose o recordando, pero no prestan

ninguna atención al presente. Van por la vida como sonámbulos, absortos en sus propios pensamientos y aislados de la realidad.

Uno de los primeros síntomas que se manifiestan de la enfermedad Razón es que el ser humano comienza a adoptar posturas raras. Repentinamente, casi de un día para otro, renuncia a servirse de las patas delanteras como punto de apoyo, como es lógico hacer, y se empeña en mantenerlas elevadas, apoyándose solo en las patas traseras. Es rara la cría humana que no empieza a manifestar esos síntomas cuando llega al primer año de edad. Al principio la sabia Naturaleza pretende imponer sus leyes, y la cría humana, al avanzar con la cabeza muy por delante de las extremidades traseras que le sirven de apoyo, pierde el equilibrio y tiende a caerse; pero, por muchas veces que se caiga y mucho daño que se haga, la enfermedad se impone y el ser humano acaba adoptando para desplazarse una posición extrañísima, inestable, dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre las pequeñas almohadillas de las patas traseras, que enseguida empiezan a sufrir deformaciones y, a la larga, dolores.

No es esta la única deformación física que padece el ser humano por culpa de la enfermedad Razón. La columna vertebral se coloca en vertical, una posición inverosímil, y comienza a hacerse rígida: un ser humano nunca podrá estirarse, bascular la pelvis o avanzar con las patas delanteras dejando aparcadas detrás las traseras, produciendo así agradables estiramientos de la columna y de la musculatura adyacente, como hacen los gatos. Las vértebras de los humanos se apelmazan, se funden unas con otras y pierden movilidad; esa posición debe de causarles, sin duda, enormes dolores. Como consecuencia, también se deteriora la capacidad de correr y saltar: nunca verás a un ser humano subir con naturalidad de un salto desde la calle hasta la ventana de un primer piso, por ejemplo, que sería el equivalente, en su tamaño, a lo que hace un gato cuando se sube de un salto a una mesa.

Otra de las consecuencias indeseables de las deformaciones físicas causadas por la Razón es que el ser humano rara vez es capaz de adoptar posturas cómodas. Como era de esperar, se encuentra incómodo de pie y sufre terribles dolores y efectos secundarios si prolonga esa postura durante largas horas; pero tampoco encuentra una postura confortable sentado ni

tumbado. Además, a causa de la deformación de su columna, pierde flexibilidad: ya no puede chuparse un pie, como cuando era pequeño, y tampoco es capaz de lamerse el ano o los genitales, cosa imprescindible para estar limpio. Como resultado, su higiene se torna deficiente y para asearse —ya que no es capaz de hacerlo normalmente con la lengua— tiene que recurrir a procedimientos extraños y hasta peligrosos, como, por ejemplo, sumergirse total o parcialmente en agua.

Con todo, lo peor son los daños neurológicos. La mente de los seres humanos segrega constantemente unas sustancias tóxicas, llamadas ideas, que llegan a invadir todo el organismo. No hay persona humana que no arrastre el peso de un montón de ideas en la cabeza. En realidad, tener alguna idea no es malo; pero los humanos, en lugar de tener cada vez una sola idea, persistente y clara, como hacen los gatos, tienen muchas ideas a la vez, por un exceso de secreción de su mente.

La abundancia de ideas hace que estas se enmarañen y produzcan un estado de confusión permanente, aislamiento con respecto al entorno, déficit cognitivo con respecto a algunas señales evidentes (son incapaces de presentir los terremotos y las tormentas, no perciben el peligro inminente y, en consecuencia, nunca se ponen a salvo a tiempo: los peligros les sorprenden siempre y por ello sufren muchos accidentes); ante una situación de riesgo, en vez de huir y ponerse a salvo en el lugar seguro habitual, se entretienen en analizar qué está pasando y pretenden entenderlo, por lo cual, cuando quieren reaccionar, ya es demasiado tarde. Eso hace que los seres humanos estén muy mal preparados para afrontar los peligros de la existencia: ante un peligro, producen ideas en lugar de actuar.

Otra consecuencia de esa saturación de ideas en el cerebro es que los seres humanos son en general incapaces de hacer cosas tan sencillas como acomodarse y dejar la mente en blanco. Les resulta difícilísimo —por no decir imposible— conseguir un estado tan simple como es no pensar. Ni que decir tiene que eso les imposibilita para vivir el presente: su cuerpo está aquí y su cabeza está siempre en el lugar inexistente del pasado o del futuro adonde les llevan sus ideas.

En los casos más graves de la enfermedad Razón, las ideas llegan incluso a impedir el sueño. Cuando los gatos hacen sus excursiones

nocturnas, muchas veces oyen con claridad a los seres humanos revolviéndose en sus camas, dando vueltas sobre sí mismos: son las ideas, que les impiden descansar, como si tumbados a oscuras a las cuatro de la mañana pudieran resolver algunos de los problemas que ellos imaginan que les aquejan, y que la mayor parte de las veces no son sino secreciones producto de su Razón. Solo son capaces de conciliar el sueño cuando empieza a amanecer y suena el despertador.

Los gatos —pienso— siempre saben qué hacer con su cuerpo. Se arrellanan cómodamente en cualquier parte, preferiblemente cálida y mullida: un sillón, un cojín, la alfombra, un montón de papeles o de trapos, el rectángulo de las baldosas calentadas por el sol que entra por la ventana. Cuando se sientan sobre las ancas y miran atentamente alrededor, en posición de alerta, son como un jarrón de porcelana peluda. En otras ocasiones se arrellanan en una postura que recuerda vagamente la de un pollo asado, también peludo; en esa posición a veces colocan las manos estiradas hacia adelante, en el gesto solemnemente felino de una esfinge en miniatura; pero, con más frecuencia, en la posición del pollo asado cruzan con naturalidad sus manitas bajo el pecho, una postura relajada que suscita cierta ternura porque las patas delanteras ocultan su condición de garras y adoptan la apariencia de un manguito suave en el que se encierran unas manos blandas que parecen no tener huesos.

También les gusta dormir enroscados sobre sí mismos, en una contorsión inverosímil en la que, sin embargo, parecen sentirse muy cómodos: la cabeza pasa entre las patas delanteras (o sobre ellas) y el morro llega a tocar el nacimiento del rabo: una rosquilla de pelo suave. Si les molesta la luz, son capaces de taparse los ojos con el rabo a manera de antifaz, o de cubrirse la cara con uno de los bracitos en un gesto casi humano, infantil. En esa posición descoyuntada pasan tantas horas que parece que estuvieran muertos. Solo el leve vaivén de la piel de las costillas y del vientre, que sube y baja acompasadamente al ritmo de su respiración profunda, indica que el animal está vivo.

De repente, abren un ojo, luego el otro, y lo que hasta entonces era un pollo asado de peluche o un rollo de pelo sin articulaciones ni huesos, se

despereza parsimoniosamente: surgen dos zarpas temibles, llenas de uñas afiladas, que se agarran a la superficie más cercana, separando mucho los dedos; las patas delanteras se estiran, desplegando una anatomía de músculos bien marcados, las caderas basculan hacia atrás y hacia adelante (parece que se fueran a dejar olvidadas por el camino las patas traseras) y el lomo se arquea primero hacia arriba y luego hacia abajo, en un juego en el que parecen dibujarse todas las vértebras por debajo de la piel: con razón hay en yoga una asana que se llama la posición del gato; un bostezo enorme muestra unos colmillos feroces y una lengua que se parece a una lija rosada y, lo que hace un momento parecía un muñeco de peluche, un juguete suave e inofensivo, se muestra durante un instante como lo que es: una fiera salvaje solo levemente domesticada, un bicho que podría sacarnos los ojos o las tiras de la piel si se lo propusiera. Luego giran dos o tres veces sobre sí mismos, dando vueltas en torno al calor de su lecho, y vuelven a acomodarse para dormir unas cuantas horas más.

Desde niños nos enseñaron que hay un Dios omnisciente, que está en todas partes y que todo lo ve. ¿Qué pensaría ese Dios si se entretuviese en mirarnos ahora, en este momento de paz familiar en el salón de nuestra casa?

Sobre el sofá hay tres seres vivos: dos grandes y uno pequeño. Los dos seres vivos grandes, cuyo cuerpo de piel lampiña está envuelto en telas, se concentran, casi amontonándose el uno sobre el otro, en la mitad del asiento del sofá; la otra mitad se encuentra ocupada por el ser vivo pequeño, cuyo cuerpo está completamente cubierto de pelo.

El ser vivo pequeño se aposenta en el centro de esa parte disponible del sofá y parece encontrarse muy cómodo, con el vientre apoyado sobre el tejido de la tapicería, las patas traseras replegadas y los brazos cruzados blandamente bajo el pecho; las orejas, cubiertas de un pelo más fino que el resto del cuerpo, están enhiestas, en actitud de alerta, pese a que el pequeño ser parece dormir.

Los dos seres vivos grandes no parecen, sin embargo, encontrarse tan cómodos. El sitio es insuficiente para los dos, así que se encuentran no solo juntos, sino prácticamente amontonados. Las piernas de ambos, replegadas

sobre el asiento, procuran adaptarse al escaso espacio disponible encajándose entre sí. Los torsos de uno y otro están pegados y el ser más grande estrecha con su brazo izquierdo al otro ser, que se reclina ligeramente sobre su pecho. Cada vez que uno de ellos quiere cambiar de postura, el otro también ha de moverse y reacomodarse, mientras en la otra mitad del sofá sigue habiendo espacio de sobra, solo ocupado por el animal pequeño y peludo, en torno al cual queda un amplio territorio sin ocupar.

De repente, los dos seres grandes parecen percibir —por fin: les ha costado trabajo darse cuenta— que no están del todo cómodos, pese a que en teoría se encuentran arrellanados en el sofá. Cambian de postura, buscan mejor acomodo y entonces son por primera vez conscientes de que se encuentran prácticamente el uno sobre el otro. Los dos miran con sorpresa al gato, que ha ocupado la otra mitad del sofá, y se preguntan cómo un animal tan pequeño ha sido capaz de arrinconarlos de esa manera.

A los gatos les apasiona la lectura; tanto, que a veces no nos dejan leer, porque nos disputan los textos impresos.

Cuando leemos un libro o el periódico se interponen entre nuestros ojos y el texto, acomodándose solemnemente sobre el papel; nos preguntamos, estupefactos, la razón de esa predilección por el texto escrito, hasta que un día, por casualidad, se nos ocurre poner la mano sobre el libro abierto: está tibio por el calor que irradia la lámpara con que iluminamos la lectura y esa leve tibieza es enseguida detectada por el gato, que va a aposentarse ahí, en el lugar confortable que queda entre la luz que nos ilumina y nuestro regazo, también cálido. Así que el papel del libro o del periódico ha recogido los dos calores, el artificial de la lámpara y el natural de nuestro cuerpo, y ese fenómeno físico ha sido entendido rápidamente por el gato, que decide que ese libro, suavemente calentado por arriba y por abajo, es en este momento el lugar más acogedor de la casa: el lugar donde el gato debe estar.

El único inconveniente es que resulta un poco difícil leer un libro o un periódico con un gato sentado sobre sus páginas; pero eso es un problema solo para los torpes humanos, incapaces de entender el verdadero sentido de las cosas. Los gatos no encuentran inconveniente alguno en esa situación.

Los seres humanos —piensa el gato—, aunque por lo general son toscos y torpes, no dejan de tener ciertas habilidades sorprendentes.

Una de las cosas más llamativas son sus patas delanteras. Se trata de miembros anómalamente deformados y prácticamente sin pelo. Los seres humanos no suelen utilizarlas para apoyarse sobre la tierra y andar, como sería esperable; solo algunas veces, cuando juegan con sus cachorros, adoptan la postura normal a cuatro patas. Pero, por lo general, las patas delanteras les cuelgan inertes de las articulaciones, obligando a los humanos a sostenerse en equilibrio inestable sobre las patas traseras, lo cual, dicho sea de paso, deja las clavículas, el pecho y el vientre expuestos a cualquier ataque o agresión. A primera vista, las patas delanteras humanas parecen órganos atrofiados e inútiles.

A ello hay que añadir que prácticamente carecen de uñas. En vez de las útiles uñas retráctiles, que pueden ocultarse o sacarse a voluntad, las uñas de los humanos son solo unas pequeñas escamas adheridas en el extremo superior de los dedos que casi carecen de utilidad, ya que ni sirven para agarrar, ni para rasgar, ni para sujetarse a las superficies. Como consecuencia de ello, están incapacitados para trepar y tienen que servirse de instrumentos para desgarrar las cosas, incluida la comida.

Por añadidura, tienen la estúpida manía de no afilárselas, sino que se las cortan brutalmente con unos instrumentos metálicos que son una auténtica tortura. Su manía de cortar uñas hace que no solo se las corten a sí mismos, sino también a sus cachorros —que sensatamente suelen resistirse llorando con alaridos desgarradores, sobre todo cuando son muy pequeños—, y, lo que es peor, también intentan utilizar esa nefasta práctica con los gatos, que con toda justicia suelen debatirse para evitarlo y, en ocasiones, no tienen más remedio que repartir algunos zarpazos con la vana esperanza de que los humanos entiendan, de una vez por todas, para qué sirven las uñas y cómo deben utilizarse. Esas demostraciones didácticas, no obstante, suelen resultar inútiles, y los humanos siguen empeñados en cortarse las uñas y cortárselas a todos los seres vivos que les rodean, incluidas sus propias criaturas.

Quizás haya sido esa práctica de cortar uñas la que ha producido, a la larga, la atrofia de las patas delanteras. Al carecer de uñas afilables, tampoco realizan los sanos ejercicios de afilado con estiramiento, que tanto ayudan a mantener en forma la musculatura de los brazos y flexible la columna vertebral. Parece mentira que, viviendo como viven rodeados de objetos ideales para afilarse (sillones, sofás, alfombras, patas de sillas y de mesas, edredones rellenos de plumas, colchas de encaje, cortinas, cajas de cartón, zapatillas, etc.), desaprovechen esa ventaja y no se afilen nunca.

Sin embargo, las patas delanteras de los humanos no son del todo inútiles. Ello se debe a la extraña configuración de sus zarpas y la ingeniosa forma en que las utilizan.

Pensemos, por ejemplo, en una situación corriente: hay algo desconocido en mitad del suelo. Lo habitual en estos casos es acercarse sigilosamente para que, si la cosa que yace en el suelo estuviese viva, no le dé tiempo a huir. Una vez que estamos lo suficientemente cerca, lo normal es alargar rápidamente y sin ruido una pata delantera, tantear con el dorso de la zarpa la cosa inerte y retirar la zarpa enseguida. Entonces podremos comprobar si la cosa yacente se mueve o no con ese estímulo del pequeño toque de la pata delantera; si no se mueve, lo adecuado es hacer otra exploración rápida con la misma pata, aplicando más fuerza, de manera que el objeto salga despedido; cuando caiga de nuevo al suelo, caemos nosotros sobre él, lo tomamos con las garras delanteras y, al mismo tiempo que nos tumbamos de lado, damos un golpe certero con las dos patas traseras, a fin de romperle el cuello a la cosa; de esa manera, si la cosa yacente estaba viva, nos aseguramos de que ha dejado de estarlo y, si es comestible, se puede ingerir. Si no fuera comestible, podemos optar por ponernos en pie y alejarnos dignamente, como si la cosa yacente no nos importase nada —de hecho, una vez explorada, no nos importa ya—, o guardarla para mejor ocasión lanzándola debajo del sofá o de algún otro mueble con un certero golpe de garra delantera.

Los seres humanos nunca hacen eso. Cuando ven algo en mitad del suelo se acercan directamente, sin disimular ni ocultarse, de forma tan torpe que si la cosa está viva sale inmediatamente corriendo a esconderse. Cuando llegan a la cosa, se agachan hacia ella y despliegan de forma

extraordinaria el extremo de su pata delantera, que realmente no puede llamarse garra puesto que casi carece de uñas.

Esa extensión de la —llamémosle así— garra humana es algo asombroso: los dedos están muy separados entre sí y provistos de múltiples articulaciones, de modo que pueden encogerse y estirarse de diversas maneras. Incluso les es posible dejar unos dedos extendidos y otros doblados, doblar en varias partes un dedo y hasta, cosa asombrosa, oponer unos dedos a otros. Así pueden agarrar cualquier cosa y llevarla hasta la altura de su cara, depositarla en otro sitio o incluso estrujarla entre los dedos y guardarla en el interior de la garra, cerrando los dedos de manera que forman una bola. Luego abren la garra a voluntad, total o parcialmente.

Los dedos también pueden adoptar diversas posturas los unos con respecto a los otros: pueden estar todos juntos, pegados entre sí; separarse totalmente, dejando un gran espacio entre dedo y dedo; separar un dedo dejando los otros juntos, unir las puntas de dos dedos diferentes formando entre ellos un círculo, y muchas posturas más, que resultaría fatigoso describir y que, además, serían imposibles de imaginar para quien no las hubiera visto nunca.

Esa cualidad de la zarpa humana tiene grandes ventajas. Por ejemplo, un ser humano puede acariciar la frente de un gato con dos dedos juntos, separar uno de ellos y rascar suavemente bajo una oreja o bajo la barbilla (sitios a los que los gatos llegan muy mal), recorrer la espina dorsal del gato con uno o dos dedos y acabar, de forma inesperada, rascando la tripa con todos los dedos en oposición o cerrar la zarpa para acariciar suavemente el rabo recorriéndolo desde la base hasta la punta. Incluso a veces consiguen introducir uno de sus dedos entre los pulpejos de las patas delanteras del gato y rascar suavemente ahí, entre las almohadillas.

Todos estos movimientos, además, los hacen con una precisión increíble en unos animales que, por lo general, se mueven de forma tan imprecisa y torpe. Son capaces, por ejemplo, de administrar progresivamente la presión de las zarpas, acariciando o rascando primero suavemente y luego con fuerza, o viceversa; pueden cerrar los dedos apretando o dejando un hueco entre ellos; pueden dar golpecitos alternativamente con un dedo y luego con otro y luego con otro.

Esas habilidades les resultan muy útiles para conseguir comida: abren el paquete de pienso con asombrosa facilidad, y luego vuelven a cerrarlo y lo guardan en su sitio, todo ello sirviéndose de las zarpas. Alcanzan cosas inalcanzables, abren puertas cerradas y, por las mañanas, son capaces de amanecer dentro de las habitaciones, utilizando sus zarpas para retirar los obstáculos que impiden la entrada de la luz del sol.

Quizás sea porque conocen el poder de sus manos por lo que los seres humanos se muestran a veces arrogantes, pese a ser animales muy imperfectos.

Dicen que acariciar a un gato alarga la vida. Quizás esa superstición se debe a la percepción de que acariciar un gato produce un placer vivificante. No es solo la suavidad sedosa de la piel. A medida que vamos pasando la mano una y otra vez por el pequeño bosque de pelo cálido, notamos un suave calor, una tibieza que se difunde desde el plexo solar hasta el centro del pecho.

Si el animal es cariñoso y busca nuestra caricia o, mejor aún, si empieza a ronronear, podríamos ser capaces de mantenernos durante varios minutos absortos en la tarea de acariciar al gato, sin pensar en nada más que lo que en ese momento sentimos, lo que nos transmite esa pequeña vibración del ronroneo que nadie ha logrado aún saber cómo se produce. Estar absortos en algo, concentrados en una sola cosa: algo difícil para unos animales tan dispersos como son los seres humanos. Acariciando al gato nos asomamos ligeramente a cómo debe de ser la vida de los animales, centrada en el instante. El tiempo parece suspenderse un poco, mientras nos olvidamos momentáneamente de nuestras obligaciones y urgencias. Quizás sea esa la forma en que nuestra vida se alarga, no en el tiempo, sino en la intensidad.

Un refrán catalán dice «*qui no té feina, el gat pentina*». Quien no tiene nada que hacer, peina al gato.

También podría decirse lo contrario: quien peina al gato, si lo hace como es debido, con la concentración necesaria, suspende durante un rato sus faenas, sus azacanas tareas, y se concentra brevemente en el mero hecho de vivir.

Uno de los brazos del sofá de piel no está intacto. Si nos fijamos bien, se ven cinco pequeñas rajitas, como cinco ojales que rasgan el cuero. Al tacto se notan como ligeras pestañas, parecidas a esos pellejitos que a veces se levantan en la piel de los dedos, alrededor de las cutículas: los padrastrós. Cinco pequeños padrastrós en el brazo del sofá del salón.

Tris-Tras nunca se afilaba en el sofá de piel. Habiendo tantos elementos textiles en la casa (sillones, sillas tapizadas, la cobertura acolchada del canapé del dormitorio, el edredón más grueso del invierno), afilarse en un sofá de piel hubiera sido como afilarse en el vientre de un gran animal dormido. Quizás percibía, con su fino instinto animal, la condición orgánica del tapizado; aquello era piel y, salvo en caso de extrema necesidad, la piel se respeta, para no irritar a su propietario. Quién sabe lo que puede hacer un sofá que, exasperado por ese gato que se afila en su vientre, se levanta de un salto y se pone en posición de defensa en mitad del salón; que un sofá te persiga por el pasillo y te arrolle, o que se lance sobre ti con el más poderoso y elástico de sus saltos, puede ser terrible. Mejor obrar con prudencia y no correr riesgos innecesarios, porque una cosa es acurrucarse en las tardes de invierno en el seno del gran animal-sofá dormido — animal de sangre fría al que el gato ofrece su calor: la piel del sofá enseguida se pone tibia en contacto con la piel del gato— y otra muy distinta es andar provocando a bestias mucho mayores que tú. Lo adecuado en estos casos es procurar una convivencia pacífica.

Las cinco pequeñas rajitas del brazo del sofá son, en realidad, producto de un accidente: un salto mal calculado cuando el mueble era casi nuevo, Tris-Tras que resbala y, a punto de caerse, se aferra con sus garritas en miniatura al tapizado del sofá, que resulta no ser de tela recia (como el anterior sofá, que acabábamos de sustituir) sino de piel hermana de nuestra piel. Tris-Tras trepó con susto y saltó inmediatamente al suelo para huir despavorida, aterrorizada por su propio fracaso, con el rabo hecho un plumero, a refugiarse en una de las acogedoras sillas que quedan bajo el tablero de la mesa del comedor, el mismo sitio en el que se agazapaba cuando había tormenta.

Nunca supo Tris-Tras si al sofá le habían dolido esas cinco pequeñas heridas, aunque lo cierto es que el herido no reaccionó: tal vez su piel era

demasiado dura, o quizás se trata de un animal demasiado lento que, cuando quiso ponerse en pie, no encontró ya en su campo visual al pequeño agresor involuntario.

El sofá quedó impertérrito, aunque aún conserva esas cinco cicatrices que cuidamos con mimo, procurando tratarlas suavemente cuando limpiamos el cuero con un producto especial, para que no se agranden.

Y ahora que Tris-Tras no está y sus garritas agudas han desaparecido no sé dónde —polvo que volvió al polvo, incinerado—, es a mí a quien duelen esas cinco heridas, pequeños estigmas labrados por un ser que ya no existe.

Hay seres luminosos capaces de dar valor y sentido a las cosas más insignificantes.

Por ejemplo, llega un gato a la casa y los objetos que antes despreciábamos, las cosas que estuvimos a punto de tirar porque no servían para nada, adquieren ahora una utilidad, se convierten en cosas valiosas, en pequeños tesoros.

Hace mucho tiempo que pretendimos lavar aquella bonita bufanda de mohair en la lavadora y nos equivocamos, utilizando un programa de lavado inadecuado; nunca hemos sabido explicarnos por qué cuando, tras poner la prenda a secar, comprobamos que se había estropeado —estaba completamente apelmazada y, por tanto, inutilizable—, no la tiramos inmediatamente. Al contrario, la guardamos con cuidado en un cajón del armario, aun a sabiendas de que no íbamos a volver a utilizarla nunca. Años pasaron sobre la prenda abandonada y, cada vez que ordenábamos el armario, pensábamos en tirarla, pero algo nos detenía. Y ahora sabemos por qué: la bufanda inútil estaba esperando su momento para renacer a una nueva vida. Y esa vida nueva llegó con el gato.

Nada más cálido ni más mullido para descansar sobre el sofá en una tarde de invierno que una bufanda de mohair apelmazada, densa, tupida, suave y a la vez consistente, aislante y acogedora. Convenientemente doblada, da justo la medida para que sobre ella pueda acomodarse el cuerpo del gato, plegado sobre sí mismo en la asana «pollo asado», también llamada «hecho un bollo». El bollo peludo, el pollo asado vestido con abrigo de pieles, encaja sobre la bufanda desechada como en una bandeja

lanuda creada ex profeso; para mayor comodidad, el gato primero la mulle levemente, ordeñando la lana apelmazada con sus garritas delanteras, da dos vueltas sobre sí mismo y se aposenta ostentosamente, dándonos la espalda. La bufanda sale de su desdichado ostracismo y cumple, por fin, la función para la cual había sido creada, que no es —como nosotros habíamos pensado erróneamente en tiempos— dar calor a nuestro cuello sino, una vez convenientemente inutilizada para ese uso, servir de manta para el gato. Ahora el mundo está en el orden debido.

También los objetos feos e inútiles tienen derecho a vivir nuevos avatares que los dignifiquen. Por ejemplo, aquel horroroso muñequito que nos regalaron una vez —cortesía de la empresa para la clientela fiel— en un restaurante chino. Estaba hecho con dos bolas pequeñas de un material sintético parecido al algodón, pegadas entre sí; sobre una de las bolitas había, también pegados toscamente, dos cuentas de cristal negras y unos recortes de cartulina que imitaban los ojos, la nariz, la boca y un sombrero; en la bola inferior, tres redondeles de fieltro mal adheridos al algodón sintético fingían tres botones de un abrigo imaginario; el conjunto quería imitar un muñeco de nieve: era Navidad.

No lo tiramos nada más llegar a casa por una mezcla de extraña consideración y temor supersticioso. Se trataba de un regalo para el año nuevo y tirarlo nos parecía desprestigiar los buenos augurios de los chinos del restaurante, arrojar a la basura el año que empezaba. Fue a parar al fondo de un cajón.

Llevaba ya tiempo Tris-Tras viviendo en nuestra casa cuando encontramos por casualidad el muñequito de nieve falsa y se lo ofrecimos. Tris-Tras lo recibió con inmenso júbilo, como si toda su vida hubiera deseado tener un muñequito como aquel. Durante varios meses no se separó de él: tan pronto lo cazaba tirándolo al aire y recogéndolo al vuelo con un elegante salto de tigre para después asesinarlo con un certero golpe de las patas traseras, como lo tomaba con delicadeza entre los dientes para transportarlo al refugio cálido de los cojines del sofá y dormirse abrazada a él. El muñequito de nieve aparecía por todas partes: en mitad del pasillo, yacente después de ser asesinado sin efusión de sangre; bajo la mesa del

comedor, cuando barríamos; obturando el tubo del aspirador después de haberlo pasado bajo el sofá. Si por la noche nos levantábamos al baño a oscuras, no era raro que en nuestro camino pisásemos algo blando y muelle: el muñequito dichoso, que siempre estaba en medio, hasta el punto de que parecía el centro de nuestras vidas.

Con tanto ajeteo, la bola de algodón que figuraba la cabeza y la que figuraba el cuerpo redondo del muñeco de nieve acabaron separándose, pero a Tris-Tras no pareció importarle: atendía con igual dedicación a ambos despojos del muñeco destrozado, como si de repente hubiera tenido un par de gemelos a los que acunar y cazar alternativamente.

El muñeco de nieve, aquel objeto desdichado y torpe, feo, había sido elevado por Tris-Tras a la categoría de cosa importante y, en consecuencia, ocupó muchas horas de nuestras vidas.

O, por ejemplo, un hilo. El hilo amarillo desprendido de los flecos de la borla de un cojín; es decir, producto de un desperfecto. Un hilo casi de color de oro, que destacaba especialmente bien sobre la alfombra de tonos rojos, azules y verde oscuro del salón. El hilo que yacía inmóvil en mitad de la alfombra: algo digno de ser cazado. Y más todavía si tomo con las puntas de mis dedos un extremo del hilito y, tirando suavemente, lo hago serpentear sobre el suelo; el hilo es ya algo vivo, algo irresistible para una cazadora nata como Tris-Tras, que se agazapa, mueve la cabeza hacia adelante y hacia atrás en un balanceo que sirve para tomar medidas calculando bien la distancia para no fallar, con un impulso poderoso de las patas traseras ejecuta un salto elegante y cae justo encima del hilo-gusano, lo aprisiona entre sus garras, lo toma entre las fauces y lo lanza un poco más allá para volver a colocar sobre él una de las patas delanteras, no vaya a escapar. Pero el hilo no se movió; sin duda ya estaba muerto. Ella lo había cazado y me miró ufana, con el orgullo del cazador que ha cobrado su presa; luego se revolcó por el suelo, con su presa entre las zarpas, y así tumbada estiró la columna como quien tensa un arco, disfrutando plenamente de la indecible dicha de poseer un hilo.

Dos gatos

Arrancados bruscamente de su hábitat y arrojados en un territorio desconocido, tal vez hostil, los gatos comprendieron que tenían que salir de su encierro para buscar un rápido refugio.

En el lugar anterior, el que conocían y dominaban, habían empleado meses para establecer los hitos de su territorio: pasando el lomo por todas partes, habían ido dejando restos de grasa y pelos de su piel; habían escarbado en los lugares blandos para mullirlos y hacerse una cama que enseguida quedaba gratamente impregnada del sudor de sus pulpejos. Tenían, también, un lugar donde hacer sus necesidades limpiamente, donde enterraban las deyecciones que, no obstante, les enviaban continuas referencias del olor de sus glándulas anales: aquel era su sitio y de nadie más, aunque generosamente toleraban la presencia de otros seres vivos en el mismo territorio, solo con la condición de que no les usurpasen el terreno ni las presas.

Aquí, en cambio, nada olía a ellos, nada tenía sus marcas; no había ni una señal de la grasa de su piel, ni un olor familiar, ni en ninguna parte se podían encontrar un pelo que les sirviese de referencia. Estaban en mitad de ninguna parte.

Pero tampoco podían quedarse ahí, encerrados, expuestos a cualquier ataque desde el exterior o, simplemente, a que la cárcel se cerrase de nuevo, como ya había sucedido antes, privándoles definitivamente de su libertad. Había que salir.

Lo hicieron con rapidez y sigilo, esperando que no se diese cuenta nadie. Las patas muy cortas, el cuello largo y las orejas alerta, casi reptando, con un movimiento rápido —más parecido al deslizarse o al discurrir del agua derramada—, se separaron en distintas direcciones para,

haciendo un trayecto corto y veloz, refugiarse cada uno en un lugar que parecía seguro y discreto. Nadie podía verles allí.

Estuvieron casi un día inmóviles, acechando cada ruido. En el exterior, grandes predadores se movían de un lado a otro. Buscaban, sin duda, alguna presa para poder comer. Los gatos escuchaban sus pisadas, sentían sus movimientos sin verlos, atisbaban desde su escondrijo las sombras de los animales enormes, los oían revolver en búsquedas infructuosas; incluso los oyeron comer. Pero las guaridas resultaban seguras, con huras demasiado pequeñas como para que se introdujese en ellas ninguno de los predadores, y su interior de madera era abrigado y cómodo y guardaba un calor agradable. Sabían que podían aguantar bastante tiempo sin comer ni beber si se mantenían así, inmóviles, reservando energías; por tanto, procuraron relajarse y adormecerse un poco, sin perder, no obstante, esa cualidad del gato que le permite estar dormido y alerta a un tiempo: los ojos semicerrados, las orejas enhiestas, prestas para captar cualquier sonido. Era cuestión de no moverse ni hacer ningún ruido.

Anocheció y los grandes predadores se retiraron a dormir. Los gatos, cuando estuvieron seguros de que los predadores dormían —una cosa que supieron porque de la guarida salían unos sonidos que solo hacen los grandes animales cuando duermen—, se atrevieron a asomarse tímidamente y, con pasos aterciopelados, mudos, buscaron comida y agua y aprovecharon para reconocer un poco aquella tierra incógnita. El nuevo territorio era enorme, pero no tan árido como temían: afortunadamente, encontraron pronto agua y algo que comer. Luego volvieron a sus seguras guaridas, dispuestos a hacer lo que todos sus antepasados habían hecho desde el principio: descansar de día en un lugar abrigado y salir de noche a buscar agua y alimento. Se habían dado cuenta de que los grandes predadores eran cazadores diurnos y, probablemente, veían muy mal de noche, lo cual otorgaba a los gatos una gran ventaja.

A la mañana siguiente, los grandes predadores despertaron, se pusieron en pie y empezaron a buscar a los gatos. Primero otearon el entorno, buscando cualquier señal de su presencia; después empezaron a hacer ruido para intentar sacarlos de sus refugios, pero los gatos, sabiamente, permanecieron quietos y en silencio. Entonces los predadores empezaron a

revolverlo todo, a levantar lo que estaba a su alcance y mirar debajo, a hurgar en los sitios más recónditos. Al final, uno de los predadores dijo: «Tris está debajo de la mesa del rincón, junto al radiador, y Tras se ha escondido detrás del televisor».

Desde sus refugios seguros, ahora inesperadamente descubiertos, nos miraron con sorpresa un par de ojos dorados y otros de color aguamarina.

Paciencia, esa es la virtud que de nuevo nos enseñan estos dos gatos recién llegados. Porque, acostumbrados a la inmediatez, queremos tenerlo todo enseguida: la gracia de sus movimientos, la suavidad de su piel. Querríamos poder cogerlos ya, acariciarlos, acunarlos en nuestros brazos, hacerlos jugar con esta pelotita de colores o con el hilo de algodón en cuyo extremo hay un ratoncito de lana tan bien hecho que parece de verdad. Pero ellos imponen el ritmo de su primera desconfianza.

Cualquier paso en falso es un paso atrás y nuestra precipitación puede retrasar su confianza días o semanas. Así que tenemos que fingir que no los vemos, que no sabemos que están. Espiar con disimulo los rincones en los que, prudentes y recelosos, han ido a refugiarse. Una vez que los hemos localizado, los miramos como si no los viéramos: ellos seguramente se creen invisibles tras la cortina a través de la cual se transparentan, al contraluz de la ventana, las orejas puntiagudas en una cabecita erguida sobre un cuello exageradamente alargado; quizás piensan que, cuando atardece, no vemos en la penumbra del salón en el que todavía no se han encendido las lámparas la negra sombra que se acomoda en un rincón. Sin duda, si meten la cabeza debajo del radiador, seremos incapaces de ver el resto del cuerpo que sobresale: unas ancas de un blanco nacarado, la curva del lomo como el inicio de una interrogación. Hacemos, por tanto, como si fueran invisibles, y confiamos en que ellos creen serlo.

Tampoco los oímos. Por ejemplo, mientras leíamos sentados en el sofá, no hemos sentido esos pasitos de goma que se deslizaban velozmente sobre el *parquet*, en el trayecto súbito de un escondite a otro. Ni esta noche hemos oído desde la cama en la que parecíamos dormir una carrera breve ni el sonido amortiguado (¡plaf!) de un animal (no sabemos cuál de los dos) que aterriza sobre sus patas delanteras, dejándose caer desde alguna parte.

Espiamos sus sonidos fingiendo indiferencia y, la primera vez que los oímos comer en la oscuridad de la noche, reprimimos nuestro deseo de levantarnos y acudir para comprobar que en efecto alguien come, como si ese roer de pequeñas bolitas de pienso felino fuera un sonido cotidiano más de los muchos que pueblan la madrugada: ni más ni menos que el ruido del motor del coche que pasa por la calle, que los pasos del vecino de arriba que se levantó al baño, que el sonido del chorro de un grifo, el alzarse de una persiana madrugadora; alguien come, masticando concienzudamente en la oscuridad las duras bolas de pienso, y nosotros actuamos como si no supiéramos que ese sonido solo puede venir de los gatos, de alguno de los dos gatos, o tal vez de los dos a un tiempo, que quizás comparten hermanados la escudilla de su comida. Nos encantaría levantarnos a comprobarlo, pero seguimos quietos, aguzando el oído y fingiendo dormir.

Son ellos quienes nos eligen, quienes escogen el momento. Nosotros simplemente esperamos, haciéndonos los desentendidos. Con el rabillo del ojo, vemos cómo una sombra negra se vierte desde un estante del mueble del salón hacia el suelo. Como si no nos diéramos cuenta, espiamos discretamente los pasos mudos de una pequeña pantera negra que explora con cautela el pasillo y que, de repente, desaparece tras una puerta entreabierta que da paso a un mundo nuevo —nuestro dormitorio—: es Tris, que por fin se ha decidido a abandonar su escondite en la parte trasera del televisor y se aventura a reconocer un territorio incógnito con mucho cuidado, con las patas cortas y los sentidos alerta, incapaz de resistirse a su curiosidad gatuna —felinos que no pueden vivir en un territorio si aún no lo han explorado a conciencia— pero que actúa como si fuese sabedora de que *curiosity killed the cat*.

Al caer la noche, los gatos adquieren confianza y empiezan a salir. Primero, tímidamente, se aventura Tris, siempre más osado. De detrás de la papelera que hay bajo la mesa del escritorio, donde ha quedado un rincón oscuro entre la cortina y la pared, emerge un cuerpo elástico y largo, atlético, como el de la diosa Bastet de las escultura egipcias; solo que no es una diosa, sino un dios nacarado, totalmente blanco, sin un solo pelo de

color en todo el cuerpo. Ahora, en la penumbra de la casa apenas iluminada por puntos de luz indirecta, parece ligeramente fosforescente.

De repente, a los pasos de Tris se une, con un trotecillo cochinerero, una sombra totalmente negra, brillante, redonda y un poquito paticorta (las patitas, desde luego, resultan desproporcionadas con respecto al cuerpecillo, de redondeces muy femeninas).

Ahí están los dos: un yin yang semoviente, negro y blanco (o blanco y negro, si atendemos al orden de aparición en escena), masculino y femenino, un símbolo de armonía que se desliza con cautela por la alfombra del salón. Por fin los vemos juntos, desde que salieron por primera vez asustados de las cajas de transporte y fueron a refugiarse cada uno en un escondite diferente, siguiendo la sabia estrategia intuitiva de los animales que huyen: separarse para desconcertar al enemigo, ofrecer dos presas que escapen en direcciones opuestas, dándose cada uno a sí mismo y al otro más posibilidades de sobrevivir.

Ahora ya parecen lo suficientemente seguros como para mostrarse uno al lado del otro, y nosotros agradecemos ese gesto como si nos hicieran el regalo de su confianza.

El día no puede existir sin la noche, ni la noche sin el día.

Beber es una actividad necesaria pero peligrosa. Cuando cae la tarde, empieza a ponerse el sol y el calor del día amaina, de las suaves sombras azuladas comienzan a emerger cuerpos que sigilosamente, casi reptando, se aproximan a la orilla del río y comienzan a abrevar. Los grandes carnívoros predadores, que también han bajado a beber, acechan semiocultos entre las brañas y los matorrales de las cercanías de las orillas: ellos no solo tienen sed, sino también hambre. Tras el chapoteo de las lenguas en el agua se presiente un mundo de leves crujidos, de patas que caminan con sigilo procurando no ser oídas.

Algunos animales se escudan en el grupo para sentirse más seguros y abrevan en manada; juegan, así, a la estadística de la vida y la muerte: si un predador cae sobre ellos, solo morirá un individuo y el resto de la manada podrá huir. Otros, solitarios, beben apresuradamente, alzando de vez en cuando la cabeza para atisbar el peligro aguzando las orejas (mientras

beben, el mismo sonido de su lengua llevando el agua a la boca en carnosas cucharadas les impide oír al cazador que se acerca). Todos tienen ansia de saciar su sed (es la única vez que beben en todo el día abrasador) y prisa por alejarse de la orilla peligrosa en torno a la que se mueven sombras de amenaza, mientras empieza a caer la noche.

Así es beber en la Naturaleza y nuestros gatos, esos desconocidos que aún están tomándole las medidas al territorio incógnito de nuestro pequeño piso, reproducen en el interior urbano las mismas pautas de comportamiento: jamás beben cuando les estamos mirando; esperan para beber ese momento de la noche en que estamos ausentes, sumidos en nuestro sueño. Y si por accidente entramos en el cuarto de aseo mientras uno de los gatos abreva en el cuenco de porcelana cuya agua renovamos cada día, el animal alza la cabeza y huye despavorido. No se refugian en un rincón, donde nosotros, predadores, podríamos atraparlos: buscan la huida hacia un lugar abierto, a veces pasando como un trasgo entre nuestras piernas. Con cuerpos elásticos, felinos, escapan por el pasillo y los perdemos de vista.

Solo muchas semanas después, cuando por fin se hayan convencido de que nosotros somos también gatos y no —como parecía— grandes carnívoros, serán capaces de beber tranquilamente en nuestra presencia, dándonos la espalda.

Una tarea ingente, eso era lo que les esperaba. No podían sentirse tranquilos hasta que todo el territorio estuviera minuciosamente explorado y señalado con sus marcas; un nuevo territorio por colonizar, lleno de sorpresas. Un territorio que parecía crecer por momentos. Cuando ya, cauta y concienzudamente, creían haber examinado por completo una habitación, se abría una puerta inesperada que daba a otra habitación igual de grande o más, un territorio virgen del que nadie había levantado todavía un mapa de olores, de marcas de grasa y pelo.

Se aplicaban incesantemente a pasar el lomo por todas partes, impregnando todos los objetos con su olor, solo perceptible para ellos mismos. Olisqueaban cada rincón, cada esquina, cada quicio, cada pata de mesa o de silla, y luego arqueaban el lomo y lo restregaban creando un

nuevo hito: objeto marcado. Así fueron marcándolo todo, no solo las cosas firmemente asentadas en el suelo, sino también los objetos frágiles o inestables: los jarrones se tambaleaban brevemente, a punto de caer, cuando recibían la caricia pasante de un lomo de pelo blanco o negro. Por añadidura, en la casa había cientos, tal vez miles de objetos, y todos estaban sin marcar. Los ordenadores, los materiales de escritorio, la funda de las gafas, el marco de un cuadro o de una foto, los libros que dejamos sobre la mesa, aparecían al día siguiente levemente desplazados de su sitio. El televisor avanzó unos centímetros, hasta colocarse al borde mismo de la balda: había sido marcado por detrás por dos cuerpos atléticos que actuaban coordinados en su labor de establecer las nuevas lindes de la casa.

Conquistaron también las partes altas: de un salto se plantaron encima de la mesa, en un movimiento casi suicida, porque no sabían qué iban a encontrarse allá arriba (desde la altura de un gato no se ve qué hay sobre el tablero de una mesa, que se percibe más como un dosel que como una plataforma firme a la que subir). Con saltitos escalonados treparon hasta lo alto de la estantería del salón, aprovechando imperceptibles desniveles, pequeños puntos de apoyo, haciendo escalada libre; desde allá arriba se dominaba bien el conjunto del territorio, pero el problema era bajar: un cuerpo totalmente blanco, nacarado, serpentea cabeza abajo de balda en balda, hasta lanzarse a un salto final al suelo; suena «¡plof!» y hasta nosotros percibimos esa cara de fastidio que ponen los gatos cuando aterrizan de golpe, abusando de la flexibilidad de las articulaciones de las patas delanteras.

Pero la tarea parecía no tener fin. Cuando menos lo esperaban, nuevos mundos aparecían dentro del mundo ya demarcado: un armario que se abre y hay que introducirse dentro de un salto, subrepticamente (por alguna razón, los seres humanos no siempre se muestran colaboradores con estos necesarios ejercicios de exploración y marcaje del territorio), arriesgándose a quedarse encerrado en el interior en un descuido; pero había que hacerlo, era necesario examinar las toallas limpias bien dobladas y apiladas, las cajas de los zapatos de olores variados e interesantes, trepar ligeramente por los trajes colgados y arrellanarse en los jerséis de lana, dejándolos llenos de

pelos blancos, de pelos negros que, mezclados, aportaban un toque de gris al mohair y al shetland de colores vivos.

Luego descubrieron que los armarios, además, tenían cajones, a los que resultaba imprescindible asomarse arriesgadamente, sin saber lo que uno iba a encontrarse dentro. Y, una vez examinado su interior —dos pequeños lémures, uno blanco y otro negro, se encaramaban sobre sus patas traseras, alargando mucho el cuello—, no había más remedio que saltar adentro y patear los objetos allí contenidos, mulléndolos, si era posible, con las garras delanteras, para dejar la marca de olor de los pulpejos: un hito más, un territorio conquistado más.

Era un trabajo agotador, al que dedicaron todo el tiempo que estuvieron despiertos durante las primeras semanas.

Incluso nos marcaron a nosotros mismos. Fingiendo mimos, restregaron sus costados peludos una y otra vez por las perneras de nuestros pantalones. Consiguieron que confundiésemos aquel gesto, que equivalía a levantar acta de sus posesiones, con una muestra de cariño y, complacidos, nos agachamos a acariciarlos: así dejaron también marcada nuestra mano, nuestro brazo. Y cuando nos vinimos a dar cuenta, teníamos un rabo peludo —blanco o negro— restregándose entusiasmado por nuestra cara: ya estábamos señalados como suyos hasta las cejas. En pocos días se habían apropiado de la casa y de todo lo que contenía, incluidos nosotros mismos. Y nosotros, encantados, llegamos a la conclusión de que aquí, en el que hasta ahora creíamos nuestro territorio, ellos podían ser felices.

Toda esa labor de marcaje requería una estrategia. No se conquista un territorio incógnito al azar, sin ningún sistema.

Una estrategia o, mejor dicho, dos estrategias combinadas, porque cada gato parecía tener su propio sistema de conquista del territorio.

Tris, el Arrojado, se lanzaba a la conquista de lo desconocido como un relámpago blanco, arriesgando el cuerpo. Era el primero en precipitarse por el resquicio de la puerta entreabierta que daba al mundo inexplorado de una habitación en la que todavía no había entrado. Desde el suelo saltaba sobre las mesas sin mirar, que es como quien salta desde el pie de una montaña hasta la cima sin saber si allí hay una meseta, un pico, el cráter de un volcán

o un mar de arenas movedizas. Se metía sin dudar en todos los rincones y de un brinco casi invisible se introducía en todos los armarios.

Tras, la Cautelosa, observaba atentamente los movimientos del Arrojado sin levantarse del cojín en el que estaba aposentada. Oteaba el horizonte desde el sofá sin moverse, se emboscaba tras la planta decorativa del salón o iba a refugiarse en el asiento de una de las sillas del comedor, bien protegida bajo el tablero de la mesa: una guarida perfecta desde la que observar sin ser vista, porque es obvio que nadie sabía que ella estaba allí. Cuando la mirábamos, desviaba la vista o fingía dormir: si no miras, no te ven.

Luego se aventuraba por el terreno previamente tanteado por Tris, siguiéndole los pasos cuando comprobaba que no había ningún peligro. Pero también hacía avances sola por los territorios que minuciosamente había estado vigilando desde alguno de los escondrijos. Por eso a veces la encontrábamos en el lugar más inesperado: cuando no mirábamos, se deslizaba con pasos muelles, sin hacer ruido, hacia el sitio que quería descubrir por sí misma y empezaba a examinarlo palmo a palmo, sosegadamente.

También los lugares objeto de exploración parecían ser distintos. Como dos estrategias bien organizadas, se repartían el territorio para esculcarlo cada uno en la medida de sus posibilidades y recursos.

Tris parecía ser el encargado de conquistar los lugares elevados: superficies de mesas, estanterías, la parte superior de las cajoneras de los armarios, incluso oteaba los dinteles de las puertas o el marco superior de las ventanas, como si estuviese considerando las posibilidades de conquista.

Tras rastreaba sobre todo los rincones y los escondrijos de las partes bajas. Descubrió con alegría que tras cada una de las puertas quedaba un hueco entre el tablero de la puerta y la pared: un hueco perfecto donde podían introducirse uno, dos o incluso más gatos, de forma que resultaban completamente invisibles; además, en el quicio de la puerta, en la parte donde están las bisagras, quedaba una pequeña ranura abierta que servía de mirilla: era la guarida ideal.

Las plantas de salón suelen estar dentro de una maceta y a veces las macetas son tan grandes que un gato puede emboscarse perfectamente tras ellas, asomando solo, por entre una jungla de hojas de ficus o de drácena, una cabecita negra que parece recortada en cartulina.

Y, sobre todo, estaban los cuartos de baño, deliciosamente frescos y llenos de recovecos: detrás de cada sanitario, Tras descubrió una madriguera; y cuando la mampara de la bañera se quedaba por azar entreabierta, podía introducirse en un mundo satinado y cálido (aunque algo húmedo, pero eso no parecía importarle a Tras) en el cual era imposible ser vista. Descubríamos que había habido exploración por el reguero de huellas de pulpejos mojados que marcaban sobre el *parquet* el itinerario seguido a la vuelta de la expedición, desde la bañera hasta el sillón más confortable del cuarto de estar.

Los sistemas exploratorios eran, por otra parte, perfectamente acordes con la morfología de cada gato.

Tris, espigado y elástico, era perfecto para indagar en las alturas. Durante las primeras semanas, la postura en la que le vimos con más frecuencia fue la del lémur: de pie sobre sus patas traseras (los muslos delgados estirados al máximo, las patitas delanteras levemente apoyadas en cualquier superficie vertical), el cuerpo erguido alcanzando la máxima longitud, el cuello inverosímilmente alargado y las orejas atentas, en una extensión exploratoria previa a tomar impulso y subir a cualquier parte con un salto grácil que parecía no tener peso, un salto que envidiábamos y que nos hacía sentirnos un poco humillados: nosotros, pobres animales anquilosados, nunca podremos hacer nada parecido.

Tras, en cambio, era una pelotita de piel negra. Parecía rodar por el suelo como una borla de pelo sedoso y brillante. Ni la oíamos ni la veíamos cuando se deslizaba sin ruido bajo las patas de las sillas y las mesas, a veces entre nuestras mismas piernas. De repente, la encontrábamos acechando desde un rincón, escondida detrás de una puerta o solemnemente aposentada en un cojín o encima de una balda (no siempre la más baja) de la estantería de libros. Nunca sabíamos cómo había llegado hasta allí.

Dos gatos son mejor que uno. Lo comprobamos cuando —ahora que ya han adquirido confianza y no nos temen ni nos esquivan— emergen juntos, casi a la vez, de cualquier escondrijo y los vemos andar al unísono en la misma dirección, espejándose el uno en el otro (blanco junto a negro, negro junto a blanco, como si se reflejasen en un espejo que tuviese la cualidad de devolver las imágenes en negativo). Sentimos entonces la leve inquietud de quien tiene la impresión de estar viendo doble.

A veces salen majestuosos e indolentes y, a mitad de camino, esa majestad se quiebra súbitamente y se convierte en un espectáculo un tanto cómico: los gatos simétricos, de andar ligeramente sinuoso y serpenteante, han desviado inadvertidamente sus respectivas trayectorias, andando cada uno en el sentido equivocado, y acaban confluyendo y chocando. Se acabó la solemnidad: la parsimoniosa comitiva, cuyos componentes tienen gran sentido del ridículo, se disuelve, trotando cada gato en una dirección distinta, para ir a refugiarse, un tanto humillados, cada cual debajo de un mueble diferente.

Tienen, también, juegos en los que no podemos participar. Las correrías nocturnas que escuchamos vagamente al otro lado de la puerta de nuestro dormitorio, cerrada al irnos a dormir; el ¡plof! de unos pulpejos que aterrizan sobre el suelo desde no sabemos qué altura; una carrerita ligera sobre el *parquet*, a la que sigue un trotecillo algo más pesado, y de repente oímos unas patas llenas de uñas derrapar sobre el suelo de madera; una puerta corredera que se desliza en el silencio de la noche mientras pensamos a duermevela: «estos bichos ya han vuelto a abrir el armario de la habitación de invitados», e intentamos no desvelarnos tratando de recordar qué prenda delicada y cálida estarán mullendo ahora con esas patitas peludas de las que, cuando es necesario, emergen unas uñas como navajas.

Dos gatos mejor que uno. Porque un gato o juega con nosotros o juega solo, ensimismado en alguna actividad cinegética (cazar una bolita de papel o un hilo, descubrir debajo de una silla el botón que se nos cayó de la camisa y convertirlo en una presa que huye por toda la casa). Pero dos gatos juegan el uno con el otro, luchan, se divierten y se enfadan, se esquivan y se

buscan, en una relación de la que nosotros solo podemos ser espectadores: nunca seremos capaces de sacar un palmo de lengua para lamer a Tras, como hace Tris cuando los dos se atusan mutuamente al sol de invierno que entra por la ventana del estudio; Tris lame enérgica, rápida, compulsivamente el lomo, la carita y las orejas de Tras, y ella a su vez lo lame a él de forma minuciosa y lenta, más sistemática y suave, una manera de lamer que podríamos llamar artesanal. Abrazados el uno al otro en un amasijo blanquinegro, componen una figura circular, una bola de pelo bicolor en la que resulta difícil distinguir que hay dos animales; entonces, más que nunca, son la imagen del yin y el yang.

Todos los gatos padecen una enfermedad congénita llamada *cálculos mentales*. Se trata de una dolencia crónica, aunque benigna, hasta el punto de que algunos especialistas dudan en considerarla una patología y la atribuyen a una mutación genética espontánea propia de la especie, sin carácter patológico, que incluso puede haber favorecido la supervivencia de estos animales.

Los cálculos mentales se caracterizan por la tendencia a que las ideas del gato cristalicen, formando en el cerebro pequeños cálculos de extraordinaria dureza. De la misma manera que otros materiales biológicos (como la madera o las cagarrutas) pueden llegar con el tiempo a fosilizarse, convirtiéndose respectivamente en madera fósil o en los llamados coprolitos (que no son otra cosa que mierda fosilizada a lo largo de millones de años), también las ideas del gato tienden a fosilizarse, convirtiéndose en pequeñas piedrecitas de gran dureza, de superficie muy pulimentada, que suelen durar tanto como la vida del gato, ya que nunca se disuelven de forma espontánea y son rebeldes al tratamiento; lo único que se puede conseguir es, a veces, sustituir uno de esos cálculos mentales por otro, que suele ser más grande y más duro que el anterior.

La diferencia entre el proceso de fosilización de la madera o de la caca y el endurecimiento de las ideas en la mente del gato es que este último proceso se produce a una velocidad pasmosa y suele estar provocado por la repetición de un mismo acto. Pueden bastar dos o tres repeticiones para que

en el cerebro del gato una idea fosilice, convirtiéndose en un cálculo mental casi imposible de eliminar.

Aduciremos a continuación algunos ejemplos que pueden ilustrar el proceso de formación de cálculos mentales en el gato. Pongamos que usted, un día, al levantarse por la mañana, se encuentra al gato tumbado en mitad de la alfombra del sofá y se le ocurre acariciarle enérgicamente el lomo y la tripa, mientras profiere palabras cariñosas. Si lo hace solo una vez, el riesgo de que esa acción cree una piedrecita en la mente del gato es mínimo; pero si usted repite la misma acción dos o tres veces seguidas, en días sucesivos, la cristalización de la idea «cuando este se levanta, hay que echarse en la alfombra para recibir sus caricias» es casi inevitable. Si además a esa acción acompañan otras, como la de subir las persianas para que entre la luz del día, la asociación de ambas acciones producirá un cálculo mental de tamaño mayor y de mayor dureza. En todo caso, ya puede estar usted con gripe, ya puede ser domingo (día en que por lo general los seres humanos se levantan más tarde) o puede estar usted agonizando en su lecho de muerte, que indefectiblemente el gato solicitará, con maullidos exigentes, su derecho a que las persianas sean alzadas y su lomo enérgicamente acariciado, siempre a la misma hora del día. Ello se debe a que la idea de los dos actos asociados ha fosilizado en un guijarro mental. En este caso concreto, además, al asociarse a las acciones realizadas a una determinada hora del día, el cálculo mental puede ser beneficioso para el mantenimiento de los ritmos circadianos de su gato.

Otro ejemplo podría ser el de las puertas. Si una puerta está habitualmente abierta, crea en el cerebro del gato un pequeño cálculo mental que hará que si un día, por casualidad o por necesidad, la puerta se encuentra cerrada, el gato exija su apertura no solo con maullidos, sino arañando el quicio o lanzándose en saltos elásticos a alcanzar el picaporte para intentar abrirla (cosa que algunos gatos consiguen hacer).

Algunos cálculos mentales se asocian con la comida, lo cual ha llevado a algunos especialistas a reforzar la teoría de que no se trata realmente de una patología, sino de una mutación genética beneficiosa para la supervivencia (nos referimos a la supervivencia del gato; no se ha demostrado que tenga los mismos efectos beneficiosos en la supervivencia

de las personas que conviven con él). Por ejemplo, si su gato suele comer pienso seco en un comedero de plástico pero cuando usted le pone de comida una lata de alimento fresco usa un platito de loza, es posible que se produzca un cálculo mental instantáneo, sin que medie siquiera la repetición del mismo acto. Basta con que usted haga esto una vez para que, a partir de ese momento, cada vez que utilice una pieza de vajilla (plato, taza, fuente) y produzca accidentalmente un sonido con ella, el gato acuda rápidamente y reclame a grandes voces comida de lata, que le gusta más que el pienso.

Por otra parte, la existencia de cálculos mentales no afecta a la vida ni a la salud general del gato; todo lo contrario: se ha observado que los gatos poco inteligentes o *border line* (que también los hay) producen menos cálculos mentales que los gatos normales o los muy inteligentes. En general, los gatos parecen estar muy contentos de vivir con sus ideas petrificadas intactas, e incluso se diría que están orgullosos de ello.

Precisamente para evitar la formación de cálculos mentales, procuramos variar nuestras costumbres, huir en lo posible de las rutinas. Las puertas han de estar unas veces abiertas y otras cerradas. No hay habitaciones accesibles o inaccesibles, sino momentos, distribuidos sin orden a lo largo de los días, en que a veces se puede entrar en un sitio y otras veces no. Evitamos hacer siempre lo mismo a la misma hora. Repartimos caricias o compartimos juegos con los animales a horas intempestivas, arbitrarias: queremos evitar así la formación del cálculo mental *ahora es hora de jugar*, porque sabemos que establecer una hora para juegos es firmar un contrato de por vida, el cumplimiento de cuyas cláusulas nos será exigido desde el primer momento en que empecemos a incumplirlas; como acreedores tiránicos, los gatos no tendrán piedad de nosotros si les acostumbramos a algo en concreto y un día no podemos cumplir con esa costumbre, ya convertida en obligación. Así que alteramos sutilmente nuestros ritmos para que los gatos no nos encadenen a ellos. Comprobamos, de paso, cuán rutinaria es nuestra vida y hasta qué punto somos nosotros mismos animales de costumbres. Difícil hacer las cosas cada vez de una manera, porque estamos acostumbrados a obrar de forma mecánica, acomodados en nuestras rutinas.

De esa forma, gracias a los gatos y tratando de evitar su pequeña tiranía, redescubrimos un poco nuestra propia vida. Caemos en la cuenta de que las mismas cosas pueden hacerse de maneras diferentes, a horas distintas. Inventamos nuevas formas de obrar. Al cabo de un tiempo, hemos sustituido las viejas rutinas por otras nuevas, tan interiorizadas y mecánicas como las anteriores. Pero aunque no podamos evitar repetir todos los días los mismos gestos, los mismos horarios, las mismas costumbres, ahora somos más conscientes de ello. Cambiamos unas cosas, mantenemos otras, condescendemos con la formación inevitable de algunos cálculos mentales en las cabecitas tozudas de estos animales maniáticos. Y poco a poco vamos tejiendo con ellos un pacto de convivencia en el que no siempre somos nosotros los que imponemos las normas.

Así vamos aprendiendo a atender a los pequeños detalles. Por ejemplo, dejar siempre esa puerta entreabierta para que los gatos puedan pasar al cuarto de baño donde están su comedero, su bebedero y su cajón de arena. Pero también a otras pequeñas cosas, no tan imprescindibles. Y así, nos hemos dado cuenta de que a Tras le gusta practicar la asana del pollo asado sobre ese cojín verde, el que tiene todo alrededor una cenefa de color jalde que imita unas hojas de acanto un poco inverosímiles; la gata negra, sobre el cojín verde y pajizo, evoca vagamente la manera en que, en las ilustraciones de los cuentos de nuestra infancia, se presentaban las joyas ante los reyes y los príncipes: la corona de oro o el cetro o el collar de perlas o la sortija de diamantes descansaban sobre un cojín mullido de un color que resaltaba su fulgor y su brillo y que un edecán o un paje ofrecía al rey, al príncipe o a la princesa. Así descansa Tras, milimétricamente colocada en el centro del cojín, la piel negra brillante, estática y suntuosa, como si estuviera preparada para ser ofrecida como una joya, un presente valioso. Y nosotros, cuando vemos que el cojín ha sido colocado de canto, apoyado en el respaldo del sofá, modificamos ligeramente la posición para ponerlo horizontal sobre el asiento, de manera que el cojín pierde su condición de aditamento para uso humano y se convierte en un tatami preparado para horas de meditación gatosa. Lo hacemos simplemente para complacer a Tras en el caso de que ella, mayestática y como sin darle

importancia, decida salir del escondrijo en que ahora se encuentre y aparecer por fin en el salón. Facilitamos, así, su pequeño placer de asentarse en el sitio que más le gusta, no ahora, sino cuando a ella se le ocurra buscarlo. Sin prisas. Nos hacemos más delicados, más atentos, menos centrados en nosotros mismos y más pendientes de la pequeña necesidad o, ni siquiera eso, del pequeño gusto de un ser también pequeño, al que queremos complacer a cambio de nada, a cambio simplemente de su presencia.

De esa manera los gatos nos educan, nos acostumbran a pensar en esos detalles ínfimos en los que antes no reparábamos, a ser previsores de la comodidad de otros, a hacer o no hacer no solo para lo inmediato, ni para nuestras propias necesidades, sino para el lujo superfluo de que ese animal se encuentre cómodo cuando él quiera.

Poco a poco, podemos ir aprendiendo a hacer lo mismo con los seres humanos, en los que antes apenas reparábamos. Adquirida, gracias a los gatos, la costumbre de pensar en los demás, de facilitarles las cosas, de ofrecerles generosamente las comodidades que aún no nos han pedido, podemos acabar anticipándonos a los deseos y necesidades de los que nos rodean. Y así, lo mismo que ponemos el cojín en posición horizontal para mayor comodidad de Tras, recogemos espontáneamente nuestras pertenencias para dejar libre el asiento contiguo en el metro o en el autobús, prevemos que aquella señora que va con un cochecito de niño quizás necesite ayuda para bajar las escaleras, o acercamos la taza del desayuno al mostrador de la cafetería para que el único camarero no tenga que abandonar la barra para retirar el servicio de la mesa que acabamos de ocupar. De esa manera, sin casi molestarse, pasivamente, los gatos nos van recordando la más elemental regla de cortesía: pensar en pequeñas cosas que pueden hacer más fácil la vida.

Dos gatos son mejor que uno, porque la mejor compañía para un animal es otro animal. No nosotros, que, carcomidos por nuestra propia racionalidad, nos hemos olvidado de que somos animales y ya no sabemos comportarnos como tales, con esa naturalidad despreocupada, con esa confianza en la vida que los animales muestran.

La mejor compañía para un animal es otro animal de la misma especie: solo entre ellos se pueden establecer esos lazos de compañerismo, imposibles de anudar con los humanos.

Por ejemplo, Tras está cómodamente aposentada en su cojín favorito, practicando la asana del pollo asado; con los ojos semiabiertos, dormita plácidamente. Y Tris, enredador, se le acerca por detrás y empieza a importunarla suavemente: coloca su pata sobre las ancas de Tras, empieza a lamerle los lomos o a mordisquearle el cuello hasta que Tras, que no tiene hoy ganas de jugar, sino de estar tranquila, se desliza desde el cojín —casi puede decirse que se vierte, tan fluida y sigilosa es su forma de dejarse caer— y va a refugiarse en otra habitación de la casa. Tras, entonces, se coloca sobre el cojín recién abandonado, lo olisquea y, con la boca entreabierta, como hacen los gatos cuando quieren aguzar su olfato, inhala o casi paladea el olor que ha dejado allí su compañera, un olor que yo no percibo.

Otras veces, es Tras la que olisquea atentamente a Tris, paseando su naricilla chata por el morro o por las glándulas perianales del macho castrado, allí donde está su olor más propio y peculiar. De ese intercambio de olores, diálogo mudo, de ese placer de aspirar el aroma para nosotros acre de sus partes más íntimas, estamos nosotros excluidos: jamás se nos ocurriría hacer algo tan antihigiénico y, aunque lo intentáramos, no obtendríamos de ello ningún placer, solo una sensación de asco que ellos ignoran. Hay relaciones que solo los animales pueden tener entre sí y a nosotros únicamente nos queda, si acaso, asistir a ellas como espectadores mudos y discretos, absteniéndonos de intervenir para no coartar unos gestos que para ellos están llenos de sentido.

En este rincón, Tras es invisible. Entre el mueble del equipo de música y la columna formada por una viga vertical que parte el testero del salón en dos, hay un pequeño hueco en el cual los gatos, cuando entran, desaparecen de la vista de los humanos. Tras se refugia allí de vez en cuando; se sienta muy derecha sobre sus patas traseras, con el torso erguido y los ojos muy abiertos y nos mira, sabedora de que nosotros, aunque la miremos, no podemos verla. Ella está convencida de que sus ojitos dorados, que refulgen como botones de ámbar en la penumbra del rincón, son imperceptibles para

nosotros. Aunque posemos nuestra vista sobre ellas, tampoco podremos ver las dos patitas delanteras juntas, ni las orejas negras, enhiestas, que escuchan sin perder detalle: la postura de una niña aplicada, atenta, en silencio. Tras se siente segura en ese sitio, nos observa sin quitarnos ojo y nosotros, delicadamente, procuramos mantener esa mentira piadosa y evitamos mirarla de forma directa. Nuestra vista hace un barrido sobre su silueta, fingiendo no verla, y a veces, por si acaso puede entendernos, preguntamos en alta voz: «¿Dónde está Tras? Hace rato que no la veo».

En una tienda de cosas para animales he visto unas alas de terciopelo color rosa. Iban sujetas a un arnés y se exhibían en un escaparate lleno de indumentaria para perros: había pantalones tejanos para perro, uniformes de colegio para perrito y perrita (el de ellas, con falda tableada), anoraks y abrigos de cuadros, impermeables que imitaban los antiguos de hule, con gorrito a juego.

Los abrigos y los impermeables, aunque bastante ridículos, pueden tener una utilidad: la de abrigar al animal o protegerlo de la lluvia. Pero ¿qué sentido tiene pasear por la calle a un perro con alas? Las alas rosa para perro —más bien, se supone, para una perrita mimada— suponen una humillación innecesaria que un gato nunca aceptaría.

Aún recuerdo aquella vez que quisimos ponerle a Tris-Tras algo tan simple como un collar. Era un collar un poco cursi o caprichoso, desde luego: de una tela afelpada de color negro, salpicado de gotitas de strass que imitaban diamantes. Aunque sin duda Tris-Tras no podía apreciar la cursilería estética ni la evocación implícita de que los diamantes son los mejores amigos de las chicas, lo rechazó de inmediato.

Costó dios y ayuda ponérselo porque Tris-Tras, en otras cosas tan dócil, se debatía entre mis brazos sin violencia, pero con extrema habilidad, tratando de zafarse. Por fin conseguimos colocárselo entre dos personas y entonces la gata se deslizó hasta el suelo y, con toda naturalidad, agachó la frente, sujetó el collar con las dos patas delanteras y se lo sacó limpiamente por la cabeza en menos de un segundo.

Nuestro intento de engalanar absurdamente a un animal que era ya bello de por sí, sin necesidad de aditamentos, quedó abandonado en mitad del

parquet del salón, haciendo patente lo que era: un objeto inútil.

Tris-Tras se recogió, enfurruñada, en uno de sus refugios favoritos: el asiento de una de las sillas del comedor, bajo el dosel protector del tablero de la mesa. Estuvo allí muchas horas, sin dejarse ver, como una reina ofendida, en una muda proclamación que, traducida a lenguaje humano, venía a decir: «Un respeto. Soy un animal, no una Barbie».

Y así se pasean los gatos por nuestra vida, desnudos, orgullosos de la desnudez de sus cuerpos elásticos y musculosos bajo su pelaje espeso.

Por las características de su aparato fonador, se distinguen dos subespecies de gatos: los sonoros y los silenciosos.

Los gatos sonoros —llamados también maulladores, pimporrantes o incluso puericantores peludos— emiten una gran variedad de sonidos, de distinto volumen, intensidad y longitud. Parecen tener un lenguaje propio, que solo usan para comunicarse con los seres humanos, ya que cuando se comunican con otros gatos emiten unos sonidos (bufidos, grititos y cosas así) completamente distintos a los que emiten cuando tratan de relacionarse con humanos; probablemente ello se debe a que el gato intenta hablar el idioma humano, con escaso éxito articulatorio pero de forma efectiva en lo que se refiere a los resultados que provoca. Porque, en efecto, el gato puericantor es capaz de producir maullidos inarticulados pero de gran eficacia comunicativa.

En nuestro pequeño mundo, Tras es una gata silenciosa, que se mueve con sigilo, y cuando maúlla, lo hace desmayadamente, con un pequeño quejido largo y mimoso, como si su cuerpo gordito hubiera empezado a desinflarse. Tris, en cambio, utiliza una gran variedad de registros comunicativos, que van desde el grito perentorio hasta el maullido lastimero; algunas de esas voces se parecen inquietantemente al vagido de un recién nacido.

El problema es que tendemos a humanizarlos. Les hablamos, sin darnos cuenta, con el mismo tono que utilizamos para dirigirnos a los bebés: la entonación y las palabras que usamos para comunicarnos con quien no posee aún el dominio del lenguaje, pero a quien suponemos capaz de

distinguir el sentido del mensaje por el tono y el volumen de nuestra voz. Les hablamos, cariñosos, o les damos enérgicamente órdenes. Nos da la impresión de que conseguimos que nos entiendan (otra cosa, completamente distinta, es que nos hagan caso, y no digamos que nos obedezcan).

Al final, los gatos acaban intentando hablar nuestro idioma. Usan para comunicarse con nosotros, para pedir o exigir, unos maullidos que, si nos fijamos bien, comprobaremos que no utilizan jamás para comunicarse entre ellos. Pero saben imitar de manera inquietante el llanto de un niño y por eso los maullidos del gato, cuando son insistentes, nos causan tal desasosiego, sobre todo a las mujeres: nuestro instinto maternal, de protección de las crías, se activa ante el lamento de un gatito insistente y tiránico, al que erróneamente creemos desvalido, convencidos de que los animales dependen de nosotros (y sí que dependen para algunas cosas: nosotros limitamos el espacio por el que se mueven, su acceso a la comida y a la bebida). Ante esos maullidos tan semejantes al llanto de una cría humana, acabamos por claudicar y concederles lo que con sus alaridos lastimeros nos exigen.

Algunos seres humanos, patológicamente, llegan a fingir una relación familiar espuria con los animales domésticos, se denominan a sí mismos «papá» o «mamá» de un gato, de un perro, de un canario o de una iguana. ¿Yo soy «mamá» de estos dos seres pequeños e hirsutos, que pululan por la casa, que se meten dentro de los armarios, que se suben de un salto a las estanterías y emergen inesperadamente de cada rincón, donde no les habíamos visto meterse? ¡Pero si son dos gatos!

No son niños, no son bebés. Son seres adultos y, como tales, capaces de valerse por sí mismos y dotados, a veces, de una sabiduría para la vida que a nosotros se nos escapa. Por eso, cuando nos ponemos demasiado pesados con nuestros mimos, ellos amagan un pequeño zarpazo que nunca llega a hacer sangre, pero que pone límites y exige respeto; es su manera de decir «no soy tu juguete, no soy tu cría; soy un adulto de otra especie».

A Tris y Tras les encanta trabajar, y por eso hoy ha sido un gran día: he estado haciendo tareas domésticas, incluido un interesante trasplante de

plantas de un tiesto menor a otro de mayor tamaño.

Es verdad que, por sus características anatómicas, los gatos están poco preparados para realizar este tipo de trabajos caseros; pero, dentro de sus limitaciones, ellos procuran ayudar en todo lo que pueden.

Por ejemplo, la apertura de las bolsas de sustrato para plantas de exterior e interior y de mantillo ha sido saludada con gran entusiasmo. Tris y Tras han percibido enseguida que del interior de las bolsas salían olores de gran interés y han contribuido a distribuir esos olores primero frotándose uno y otro, alternativamente pero con insistencia, contra las bolsas recién abiertas. Luego, mientras yo realizaba el trasplante, han colaborado en extender la tierra, con sus apetitosos aromas de campo, por el suelo de la cocina, mediante un procedimiento rudimentario pero eficaz: meter primero las patas en un montoncito de tierra, escarbar y pasearse por toda la habitación, revolcándose después concienzudamente sobre las baldosas de la cocina.

Cuando hemos acabado la tarea del trasplante, me han seguido hasta el nuevo destino de las plantas, y me han ayudado a colocarlas, pasando el lomo por las macetas nuevas. Algunas macetas, con el empujón, han quedado un poco desviadas, pero seguramente así recibirán mejor la luz del sol.

Después hemos tenido que barrer la cocina, en la que, pese a todos mis esfuerzos, se había derramado algo de la tierra. Tris y Tras han competido por ayudarme, cazando alternativamente las cerdas de la escoba de barrer. Cuando he conseguido hacer un montoncito con lo barrido, Tris se ha sentado cuidadosamente encima, para guardarlo bien y que no se escapase, en lo que yo iba a por el recogedor.

Luego ha habido que fregar el suelo. Los gatos han suplido sus carencias (son incapaces de llenar el cubo de agua y de acarrearlo desde la pila del fregadero hasta el suelo) ayudándome a comprobar que el suelo quedaba verdaderamente mojado, como debe ser cuando se friega. Para ello, nada mejor que ir recorriendo a cuatro patas (mejor dicho, a ocho patas: cuatro para cada animal) cada una de las baldosas.

Cuando han supervisado el fregado y comprobado que yo lo había hecho a conciencia, se han retirado con toda dignidad hacia el salón, sin

esperar a que yo les diera las gracias y dejando a su paso un reguero de improntas de los pulpejos húmedos, marcando su itinerario como Pulgarcitos peludos.

Aunque los dos animales están castrados, a veces Tris se comporta como el macho que es. Cuando su compañera está tranquilamente acomodada sobre un cojín, él se acerca por detrás, empieza a lamerla y, luego, a tantearla en las ancas con leves golpecitos de la mano derecha; manteniendo las uñas guardadas, con delicadeza pero cada vez con mayor insistencia, llama su atención.

Tras, perezosa, lo mira con indolencia: ahora no tiene ganas de jugar. Pero Tris insiste, se encabalga sobre las nalgas de Tras, la abraza con sus patas delanteras, la sujeta por la nuca con sus dientecillos blancos, con suavidad pero con firmeza. Tras empieza a reaccionar molesta, se vuelve levemente, aprieta el rabo contra el cuerpo mientras el macho enardecido busca un resquicio para intentar montarla.

La cosa acaba con cierta violencia: Tras, ya decididamente indignada, lanza primero un maullido desmayado, como si se deshinchase, y luego bufa y se revuelve, lanzando contra el rostro de Tris una zarpa que, aunque deliberadamente no llega a su objetivo, amaga con la amenaza de cuatro uñas desplegadas como pequeñas navajas traslúcidas. Tris acaba retirándose, se baja de un salto al suelo y, frustrado, se lame levemente las ingles, por entre las cuales se entrevé que ha emergido una pequeña protuberancia rosada. Aun castrado, sigue siendo un macho. La vida intenta abrirse paso incluso por caminos imposibles.

Conociendo su historia, lo raro es que estén vivos.

En realidad, su historia no la conocemos nada más que a retazos. Sabemos, por ejemplo, que estos no son gatos de buen biberón, mascotas nacidas en casa. Proviene de una sociedad protectora de animales y son lo que se llama animales de desalojo, recogidos *in extremis* de un corral en el que se hacinaban perros, gatos, cerdos, gallinas. Alguien encerró allí, amontonados, ejemplares de todas esas especies, y quizás pensó que les hacía un bien: hay una patología poco estudiada, una especie de síndrome

de Diógenes en vertiente zoológica, que impulsa a algunas personas desequilibradas a recoger todos los animales que encuentran y a los que suponen desvalidos; creyendo que los protegen, les dan cobijo en condiciones lamentables. Los animales, incompatibles entre sí, privados de libertad y con poca comida, se atacan unos a otros, enferman, mueren desnutridos o heridos. Hasta que los vecinos se quejan del ruido, o del olor, o de los aullidos incesantes de los perros enloquecidos por el encierro.

La mayor parte de las veces, los animales rescatados van a parar a una perrera y acaban sacrificados. Llegan con heridas y mal alimentados, llenos de parásitos, desequilibrados, a veces agresivos. Nadie quiere animales así.

Había, sin embargo, en estos dos gatos un inquebrantable impulso de vida. Llenos de pulgas y de garrapatas, parasitados por lombrices y por ácaros, comiendo la misma bafía que los cerdos y las gallinas, supieron sobrevivir. Quizás sobrevivieron precisamente porque estaban juntos: un gato y una gata inseparables, que se defendían y protegían mutuamente y que probablemente en su prehistoria de animales sin castrar tuvieron varias camadas de cachorritos de los que no sabemos nada, ni siquiera si alguno de ellos está vivo. Tras quizás amamantó a decenas de gatitos que fueron muriendo uno tras otro, atacados por la leucemia o devorados por los perros y los cerdos.

En todo caso, supieron adaptarse a sobrevivir con animales mucho más grandes que ellos, convivieron con esos perros y cerdos semisalvajes, ávidos de carne fresca. De aquel período queda alguna huella en sus cuerpos: una cicatriz en el morro de Tras, la punta del rabo quebrada de Tris.

Y ahora, cuando volvemos a casa después de un día de trabajo, los dos, Tris y Tras, acuden a recibirnos tan pronto como oyen el ruido de la llave en la cerradura; llegan con un trotecillo alegre y, cariñosos, pasan alternativamente sus lomos (blanco y negro, negro y blanco) por nuestras piernas, nos exigen caricias a grandes voces felinas y se desploman en el suelo mostrándonos sus tripillas de seda para que las rasquemos suavemente. Nos asombra que puedan ser tan dóciles, tan confiados, que estén tan seguros de que no vamos a hacerles daño. Nos asombra que estén así de tranquilos, sin recelos y sin miedos, que con un pasado tan lleno de

dolor y de miedo no sean ariscos ni agresivos, sino cariñosos y confiados. Se alegran de vernos, sin duda, pero sobre todo se alegran de estar vivos. Y nosotros admiramos su capacidad de sobrevivir y, de paso, nos sentimos orgullosos de haber sabido ganarnos su confianza ciega.

Cuando era niña vi expuestos en una vitrina del Museo de Ciencias varios cráneos de felinos. Estaban colocados escalonadamente, de mayor a menor, desde el más grande (un espécimen fosilizado de tigre de dientes de sable) hasta el de menor tamaño. Me asombró comprobar lo pequeño que era el cráneo de gato y, sobre todo, su forma plana, que invitaba a imaginar una frente inexistente o, al contrario, una frente que se prolongaba en una línea horizontal casi recta desde el hueco de la nariz hasta el colodrillo. Parecía imposible que en aquel cráneo pudiese caber el cerebro de un ser vivo.

Entonces no existía la informática para usuarios particulares y, por tanto, no estábamos tan acostumbrados a la miniaturización de los soportes que almacenan el conocimiento; faltaban todavía años para que nuestro trabajo de muchos meses o las imágenes de toda una vida cupieran en un lápiz de memoria, en un sector de un disco duro, o en un minúsculo rincón de una nube. Entonces, para poder funcionar, las cosas necesitaban ser más grandes que hoy en día.

Por eso me parecía increíble que el cráneo de un gato, en el que apenas cabía la semilla de una nuez, pudiera contener tantas cosas: ideas fijas rayanas en la manía, la ternura mimosa con la que esa cabecita busca nuestra caricia, las asociaciones de ideas que nos hacen darnos cuenta de que ese animal es un ser vivo, no —como pudiera parecer— un muñeco de peluche o —como otros han querido pensar— un autómata. Y, sobre todo, mucha sabiduría: la que sirve para encontrar en verano el lugar más fresco de la casa y el más cálido en invierno; la que hace que, aunque el gato tenga hambre, rechace instintivamente la comida estropeada que podría hacerle daño (es muy difícil envenenar a un gato); la que le permite estar durmiendo doce o catorce horas al día y, sin embargo, mantenerse plenamente en forma, con los músculos tonificados y el cuerpo ágil, dosificando hábilmente ejercicios de estiramiento a lo largo del día, entre

siesta y siesta. Una espontánea sabiduría del cuerpo que nosotros, animales torpes y rígidos, inestables sobre nuestros pies, solo podemos aspirar a adquirir en parte y después de mucho entrenamiento físico y mental.

Tras ronronea acomodada en mi regazo. Distraídamente, acaricio con suavidad su cabecita de seda, hasta que mis dedos tropiezan con un surco inesperado. Me fijo entonces y encuentro a ambos lados de su hocico, disimulada entre el pelo corto de su cara, la huella de una herida simétrica, una cicatriz que duele con solo mirarla: unas fauces más grandes aprisionaron algún día este pequeño hocico; no pudo ser otro gato, sino un animal mayor, tal vez un perro.

Y me imagino enseguida el dolor insoportable, el reguero de sangre, el animal que huye a la desesperada y se refugia en algún escondrijo seguro; los días sin poder comer mientras el desgarrón de la carne duele y duele, la herida que poco a poco va cerrándose y el animal que, sobreponiéndose a su pequeña desgracia —una desgracia insignificante para el mundo, desconocida para todos, inmensa para él—, consigue beber, comer un poco, un alimento lacerante pero necesario, que sabe a una sangre que es la suya propia.

Lentamente aquel dolor debió de ir cediendo, a medida que la herida cicatrizaba. Y ahora Tras parece olvidada de aquel desastre que estuvo a punto de costarle la vida, de valerle la muerte, y al que ella tuvo que hacer frente sola, con la entereza de los animales heridos que quieren vivir.

Al principio, cuando intentábamos cogerlos, sentíamos en nuestros dedos toda la tensión de los músculos de un animal que intenta huir. Nosotros, animales demasiado grandes, podíamos tomarlos desprevenidos, asirlos por debajo de las axilas y abarcar fácilmente su caja torácica en el hueco entre los dos jemes de nuestras manos juntas. Pero no sin resistencia: notábamos bajo la piel suave unos pequeños músculos de acero que hábilmente se contraían y se estiraban, y el breve cuerpo aprisionado pronto lograba zafarse; si insistíamos en sujetarlos, acudían en su auxilio unas afiladas navajas córneas, repentinamente surgidas de las patas traseras, que tomaban impulso en nuestro cuerpo para escapar de un salto ágil. El animal,

solo fugazmente aprisionado, huía y corría a esconderse en algún sitio inaccesible, debajo de una mesa baja o tras una puerta entreabierta.

Ahora ya confían en nuestras buenas intenciones, aunque nuestro deseo de abrazarlos a veces les importuna. Como ahora, que he interrumpido la siesta de Tras para tomarla en brazos. Una breve foca de piel reluciente abre los ojos sorprendida, intenta deslizarse de entre mis manos aprovechando el brillo de su piel y, como no lo consigue, hace un gesto contradictorio, que expresa al mismo tiempo su incomodidad y su confianza: las patas traseras y delanteras oprimen suavemente, sin garras, mi pecho, en un intento de huida; pero su cabeza peluda se apoya tranquila en mi mano, buscando una caricia, mientras el cuerpo empieza a estremecerse en un ronroneo profundo, como si en el interior de esta foquita de peluche funcionase un motor diésel.

Esos nervios. Esos nervios que convierten a este gato, Tris, en un manojo de nervios. Frente a la sigilosa pachorra de Tras, los sobresaltos de Tris, siempre en tensión como la cuerda de un arco.

Tris es siempre el primero en precipitarse a recibirnos cuando abrimos la puerta de casa, a la vuelta del trabajo. Puede estar plácidamente dormido, arrellanado en el mejor sillón, pero en cuanto oye el giro de la llave en la cerradura salta como un muelle, sin siquiera desperezarse se precipita al suelo como movido por un resorte, emprende hacia la puerta una carrera suicida orlada de alaridos.

Se frota contra nuestras piernas, no pasando el lomo, suavemente, como hace Tras, sino con vigor: nos embiste, nos empuja, da la vuelta y vuelve a embestirnos con todas sus fuerzas. Un manojo de músculos elásticos y nervios a flor de piel.

Nos sigue por el pasillo sin dejar de maullar, se cruza varias veces en nuestro camino, solemos tropezar con él o lo pisamos sin querer, pero él parece estar contento, sin dejar de dar los alaridos de alegría de todos los días, de todas las noches. No para hasta vernos sentados y, entonces, se nos sube encima de un salto, nos patea las piernas dando vueltas sobre sí mismo, mulle con sus garras una cama en nuestro regazo, destrozándonos el jersey, exige caricias empujándonos con la cabeza y con el lomo y, si nos ve

poco propicios, hace una cosa inverosímil en un gato: dirige su mano hacia la nuestra, con las uñas cuidadosamente guardadas para no hacernos daño, y con la zarpa cerrada guía nuestra mano hacia su cabeza, para que le rasquemos detrás de las orejas, debajo del mentón.

Cuando obedecemos a su imperiosa petición, recibe las caricias con entusiasmo: se revuelca sobre nosotros, mostrando una tripilla cubierta de seda blanca; un vientre que estamos obligados a acariciar. Luego se revuelve sobre sí mismo en una contorsión inverosímil, se lame un pie, caza al vuelo su propio rabo que se ha interpuesto en sus revolcones de alborozo, vuelve a embestirnos con fuerza y con ternura, de nuevo nos toma de la mano para indicarnos dónde quiere que le acariciemos (a veces nos presenta la cabeza, otras el lomo), vuelve a dar vueltas persiguiendo de nuevo su propio rabo que huye, vuelve a sacar las uñas para mullirnos bien, aunque con tiento —se limita a ahuecar nuestra ropa, rara vez roza nuestra piel— y al final, agotado y feliz, se tiende cuan largo es, longitudinalmente, sobre una de nuestras piernas, nos mira, entorna los ojos y deja caer un brazo por cada lado, como hacen los leones cuando duermen la siesta encaramados a la rama de un árbol. Genes felinos: imita la postura de sus parientes en una sabana que Tris nunca ha visto, y nosotros, que sí hemos visto la sabana, los leones y su siesta en los documentales de la televisión, procuramos quedarnos inmóviles como si fuéramos acacias en un páramo. No queremos turbar su descanso; al cabo de un rato notamos que el animal está dormido y que la pierna que lo soporta se nos ha dormido también.

La petición de caricias de Tras es mucho menos imperiosa, pero más lastimera: un maullidito quejumbroso con la boca cerrada, como si el animal se deshinchase lentamente por un pequeño orificio invisible. Un gemidito que suscita ternura y despierta en nosotros el sentimiento de protección que guardamos para los seres indefensos. La piel negra, sedosa, con un brillo de azabache, se desliza suavemente entre nuestros tobillos, una y otra vez. Esperaríamos que con ese maullido tenue, pero prolongado, Tras disminuyese de volumen: un pequeño saco de gemidos que se desinfla. Pero no: sigue tan rotundamente femenina como siempre, las nalgas redonditas, las patitas mullidas como si no tuviesen garras, la cabeza

también redonda con sus pequeñas orejillas puntiagudas. Todo lo redondeado nos parece desvalido e infantil.

Hasta que el cuerpo muelle y orondo se estira, poniéndose de pie. Tras llega a alcanzar una longitud inesperada y, con sus garras delanteras recién emergidas, empieza a trepar por nuestra pierna con la habilidad de un practicante de escalada libre. La gata se encarama, subiendo por nuestro cuerpo, otra vez convertido en tronco de árbol, y busca la caricia de nuestra mano derecha. Nosotros la acariciamos largamente, contemplando con extrañeza sus afiladas uñas de fiera comedida.

Esa pulcritud extrema de los gatos, que adoptan posturas inverosímiles para asearse, atusando su piel con la almohaza rasposa de sus lenguas. A veces, cada gato se atusa solo, lamiéndose minuciosamente: primero el pecho y las patas delanteras, las manitas peludas (el aseo de las manos suele incluir un mordisqueo rítmico de las uñas, de los pulpejos y de los espacios correosos que quedan entre los dedos, con la garra abierta); luego el animal se curva sobre sí mismo, se retuerce para lamerse el lomo desde los costados hasta la columna vertebral, para luego llegar a las ancas. Después, una de las patas traseras se eleva, tensa, imitando un violonchelo, que el gato frota con la lengua rosada, ahora convertida en arco de un instrumento de cuerda. Y, por fin, se dobla sobre sí mismo, metiendo la cabeza entre las patas, para lamerse concienzudamente la tripilla, los genitales y el ano, que después de tanto aseo queda limpio como una rosa.

Otras veces, Tris y Tras se atusan mutuamente, lamiéndose la cabeza, el cuello y el lomo (nunca llegan más allá; un cierto pudor felino parece establecer un límite: que cada uno se asee sus partes más íntimas; una cosa es el compañerismo y otra el libertinaje).

Entierran sus deyecciones con dedicación, casi con furor; escarban, entusiastas, en la arena del cajón, desparramando alrededor fragmentos de sepiolita: es importante que todo quede bien cubierto; tan importante que con frecuencia el área de escarbado se extiende a la superficie del suelo que rodea el cajón, y vemos al gato arañando concienzudamente las baldosas del piso, como si pudiera levantarlas con sus uñas para tapar su caca con

montañas de baldosines cerámicos. Tan pronto como limpiamos su cajón, acuden raudos a estrenar la arena nueva, limpia, esa arena recién echada que pasa así de no ser de nadie a ser suya.

Cuando lavamos uno de los cojines del sofá, los gatos enseguida lo detectan: se aposentán sobre él (sobre ese almohadón en concreto, no sobre ningún otro) a dormir una larga siesta. Con ese gesto conquistan (o, mejor dicho, reconquistan) un pequeño territorio, de apenas dos palmos cuadrados, que les había sido brevemente hurtado. Un territorio que, ufanos, trajimos oliendo a detergente y suavizante de lavadora y sobre el que ellos depositan ahora su propio olor, haciéndolo otra vez suyo. Pero como nosotros somos incapaces de percibir ese tenue olor, tendemos a malinterpretar sus gestos. En otras palabras, los vemos actuar, pero por lo general no entendemos nada.

El frío exterior ha hecho que la humedad de la casa se condense sobre los cristales de la ventana, que de transparentes se han vuelto traslúcidos, empañados por la humedad y perlados de pequeñas gotas de agua. Tris se encarama a una silla, estira su cuerpo como si fuera de goma, apoya levemente los pulpejos de las patas delanteras sobre el marco de la ventana y, sacando una lengua muy larga, lame concienzudamente el vidrio húmedo. Bebe del manantial efímero que le ofrece esta ventana.

Junto al comedero donde colocamos el pienso de los gatos para que ellos acudan a comer cuando quieran, hay siempre una taza con agua limpia. Cada día la lavamos y volvemos a colocarla en su sitio, llena hasta los bordes, y siempre Tris acude enseguida para saborear el primero el agua fresca, antes de que se acerque Tras. Bebe largamente, con lengüetazos enérgicos, usando la lengua como una cuchara. Todos los días escuchamos el chapoteo de su lengua en el bebedero recién rellenado.

Y viéndolo ahora, absorto en la tarea de beber del cristal de la ventana, sé que en algún momento de su vida este animal ha pasado mucha sed, ha tenido que aprender a buscar agua donde no la había, ha aprendido —más bien, se ha enseñado a sí mismo— técnicas para paliar esa larga sed que aún no ha olvidado: por eso acude enseguida al agua fresca del bebedero, por eso aprovecha las gotas de humedad que resbalan como lágrimas por el

vidrio de la ventana, como si fueran la única agua disponible, la única posibilidad de sobrevivir.

En la noche invernal apetece escuchar un poco de música, mientras fuera, en el exterior de la casa bien cerrada, sopla un viento gélido que quizás anuncie nieve.

Los gatos nos miran con indiferencia mientras escogemos en la colección de cedés una grabación de conciertos para cuarteto de cuerda de Beethoven, abrimos el mueble del equipo de música, colocamos el cedé en el lector y pulsamos los botones. Pero, tan pronto como la música empieza a sonar, despierta la curiosidad de Tris, que se levanta de su cómodo sillón y se echa en la alfombra, en una postura elegante, mirando de frente los dos altavoces; con intuición certera, ha escogido el mejor sitio: entre los dos bafles y la cabeza del animal recostado se podría trazar un triángulo equilátero.

Aparentemente descansa, pero desde el inicio del concierto las orejitas de seda han seguido la dirección del sonido, adoptando una postura un tanto forzada: cada oreja parece seguir el sonido que sale de cada uno de los altavoces, moviéndose de forma asimétrica para captar mejor cada nota. Los movimientos son sutiles pero perfectamente perceptibles, y desde luego no tienen nada de aleatorios, ya que una de las orejas parece perseguir al violonchelo y la otra a uno de los violines, oscilando levemente a medida que en la interpretación cobra protagonismo un instrumento u otro. Orejas de gato que siguen el estéreo.

De repente, en uno de los movimientos del concierto, Tris se levanta con viveza, se sube a mis piernas y comienza a mullir, entusiasmado, mi regazo, con un braceo frenético que recuerda a un pianista en plena interpretación de un pasaje con brío; algo, de repente, le ha puesto eufórico.

Luego, más tranquilo o menos *appassionatto*, deja mi regazo y va a acomodarse sobre el brazo del sillón, extendiendo su cuerpo cuan largo es (¡y qué largo es el cuerpo de este gato!). Comienza a adormecerse, pero incluso en ese estado de somnolencia parece atender a la música, porque durante todo el concierto las orejas continúan moviéndose suavemente, cada una en una dirección, siguiendo los sonidos que salen del aparato. En

este momento parece completamente relajado y feliz; de vez en cuando abre ligeramente los ojos y nos mira entre pestañas, soñoliento y dichoso.

Nosotros lo contemplamos con una punzada de envidia. El oído de un gato es capaz de percibir sonidos de hasta 64.000 hercios, mientras que el oído humano solo alcanza, en el mejor de los casos, los 20.000. Así que este concierto, compuesto hace casi dos siglos por un sordo, ha encontrado hoy y aquí un oyente especialmente sensible. El fino oído de Tris es capaz de captar en esta música matices que a nosotros se nos escapan, armónicos que están ahí pero que nunca oiremos.

Cuando los vemos jugar así, alegres, gráciles, llenos de vida, no podemos dejar de pensar que esta alegría, esta gracia y esta belleza desaparecerán algún día. Efímeros como nosotros mismos, estos gatos que ahora juegan, que se esconden para saltar por sorpresa el uno sobre el otro, que se revuelcan por la alfombra y se persiguen, eufóricos, por el pasillo, morirán. De ellos no quedará más que su recuerdo en nosotros: lo mismo que queda de Tris-Tras, cuya presencia evocamos en viejas fotografías o cuando inesperadamente aún encontramos un pelillo dorado en una prenda que estuvo guardada mucho tiempo, o simplemente cuando por sorpresa nos asalta el recuerdo de que existió, de que fue una parte —y no pequeña: más pequeña en tamaño que en importancia— de nuestras vidas.

¿Qué sentido tienen estas pequeñas vidas? Quizás, como las nuestras, el mero hecho de existir y de sentirse vivos y ágiles, sentirse con una plenitud que quizás nosotros nunca llegaremos a alcanzar, ocupados como estamos en nuestros pensamientos, en proyectarnos hacia un futuro que tal vez nunca tengamos, en imaginar, desear o temer cosas que probablemente jamás sucedan. Distráidos del presente, abocados hacia futuros inciertos, nos resulta demasiado difícil entregarnos a vivir los momentos que vivimos, que nos pasan sin sentirlos, que dejamos escapar como arena entre los dedos, como agua en un cesto, mientras miramos a un horizonte que dudosamente alcanzaremos. La vida es lo que te pasa mientras estás demasiado ocupado haciendo planes.

Ellos, en cambio, se entregan a la dicha de sus cuerpos elásticos, de su belleza sin arrogancia —la belleza de quien no es consciente de ser bello— ,

de la alegría de estar vivos sin más, sin pensar en el futuro ni amargarse por el pasado: aquí estamos ahora, entregados con fruición al hecho de vivir, gozando del rayo de sol que entra por la ventana y forma sobre el piso un rectángulo cálido en el que aposentarse, entornar los ojos y empezar a ronronear.

Pero nosotros pensamos —no podemos no pensar— en el cómo y el cuándo de su muerte, de sus respectivas muertes. Porque no es probable que los dos nos dejen a la vez, que salgan al mismo tiempo de nuestras vidas. Esperamos y tememos, más bien, la muerte escalonada. ¿Cuál será la primera pequeña vida que se apague? Y, cuando eso suceda, ¿qué hará el otro, el gato superviviente, privado repentinamente de la presencia de su inseparable compañero? Quizás el que quede vivo pase varios días buscando inútilmente al otro gato, esperando que aparezca como quien vuelve de caza o de una larga correría nocturna. Los primeros días, se acurrucará para dormir en su lugar favorito y, en el sitio donde antes había dos gatos, entonces habrá solo uno. Quizás nosotros prodiguemos nuestras caricias, intentando ser lo que no somos: otro gato, otro compañero de juegos que sustituye al de siempre.

O tal vez no, tal vez quien sobreviva se tienda indolente a descansar sobre el territorio hasta entonces compartido, acuda al comedero sin percibir que ahora está más lleno, que la comida dura más, que el agua no se consume tan rápidamente. Se acostumbrará a estar solo, inventará juegos con las cosas pequeñas, sin prestar atención a que una vez esos juegos fueron compartidos con otro ser de su mismo tamaño, capaz de alcanzar de un salto las mismas alturas y de convertir en guaridas los mismos rincones, esos lugares en que nosotros, gatos demasiado grandes, no cabemos. La vida tal vez se imponga a la muerte con suavidad, prolongándose en una rutina renovada, apenas sin cambios. ¿Qué sabemos nosotros de los lazos que unen a estos gatos que ahora mismo se atusan mutuamente con largos lengüetazos rosados?

Somos nosotros, una vez más, los que, enfermos de Razón, producimos sin cesar ideas lúgubres. Ellos morirán, uno antes y otro después. ¿O acaso nosotros les precederemos, o entre una pequeña muerte y la siguiente

sucedirá la nuestra? Y ahora, barajando esa posibilidad entre otras, añadimos otra pequeña angustia: ¿quién cuidará de ellos si nosotros faltamos? Como si fueran bebés incapaces de valerse, olvidando una vez más que no son niños, sino adultos de otra especie, nos empeñamos en imaginarlos más dependientes de nosotros de lo que quizás son.

Pero ellos son inasequibles a la angustia. Su miedo dura solo un momento: el momento en el que se produce. El nuestro se prolonga en el tiempo, se arrastra en recuerdos y se proyecta hacia un futuro desconocido e imprevisible. Mientras, acomodados en su sillón favorito, los gatos se atusan mutuamente con largos lengüetazos rosados.



PALOMA DÍAZ-MAS (Madrid, 1954) es profesora de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y durante dieciocho años fue profesora de literatura en la Universidad del País Vasco. Ha publicado trabajos de investigación sobre literatura oral y romancero, literatura medieval española y cultura sefardí. Con solo diecinueve años publicó un primer libro de microrrelatos (recientemente reeditado como libro electrónico con el título *Ilustres desconocidos*). Es autora de las novelas *El rapto del Santo Grial* (finalista del I Premio Herralde de Novela 1983), *El sueño de Venecia* (Premio Herralde de Novela 1992) y *La tierra fértil* (Premio Euskadi 2000 y finalista del Premio de la Crítica); el libro de cuentos *Nuestro milenio* (1987), y los relatos autobiográficos *Una ciudad llamada Eugenio* (1992) y *Como un libro cerrado* (2005). También ha colaborado en dos antologías de cuentos coordinadas por Laura Freixas, *Madres e hijas* (2002) y *Cuentos de amigas* (2009).